

David Igual Luis  
**Una aproximación a la cultura mercantil  
en los reinos hispánicos de la Baja Edad Media<sup>1\*</sup>**

[A stampa in *Modelos culturales y normas sociales al final de la Edad Media. Actas del Coloquio (Madrid y Almagro, 15 y 16 de abril de 2004)*, a cura di Patrick Boucheron e Francisco Ruiz Gómez, Cuenca 2009, pp. 273-308  
© dell'autore - Distribuito in formato digitale da "Reti Medievali", www.retimedievali.it].

**1. Historia cultural y cultura mercantil: sobre conceptos y definiciones**

"La historia cultural está de moda". Así de claro se expresaba Adeline Rucquoi en un balance publicado recientemente sobre la producción historiográfica medieval dedicada al tema de la cultura<sup>2</sup>. Tal afirmación puede ser válida desde una perspectiva global, pero aún parece resultar más correcta si nos centramos en los estudios desarrollados desde los años noventa del siglo XX acerca, por un lado, del Mediterráneo en la Edad Media y, por el otro, del comercio coetáneo y la acción de los mercaderes<sup>3</sup>. Un aspecto, éste último, donde la actualidad de lo cultural se ha calificado como la vuelta o la recuperación de viejos problemas que se creían superados: la religiosidad de los hombres de negocios y su mentalidad empresarial o rentista, el dinero y el capitalismo medieval, o los principios de modernidad y de racionalidad económica presuntamente constitutivos de un sistema cultural urbano euromediterráneo<sup>4</sup>.

En este contexto, creo que caben pocas dudas sobre el hecho de que la fórmula *cultura mercantil* ha sido elevada ya a la categoría de paradigma historiográfico<sup>5</sup>. Y ello es la consecuencia tanto de los análisis consagrados desde hace poco tiempo al respecto, como también —y sobre todo— de una larga tradición de investigaciones en la que se integran nombres tan conocidos como los de Heers, Le Goff, Pirenne, Renouard o Saporì<sup>6</sup>. Éstos son sólo algunos de los autores que fueron pioneros en la aceptación de la hipótesis de que toda realidad comercial un poco desarrollada exigía en quienes la practicaban determinado nivel de formación cultural, y en el intento de descubrir la cosmovisión del mercader medieval europeo<sup>7</sup> y el reflejo de la misma en su comportamiento socioprofesional. Hipótesis e intento que han encontrado hasta hoy su mejor plasmación en el caso del mercader italiano, para quien todos los fenómenos relacionados con estas cuestiones han sido evidenciados de manera más vigorosa<sup>8</sup>.

---

\* Este trabajo forma parte de los estudios desarrollados en el seno del proyecto de investigación *Espacialización socioeconómica y redes de poder en la ciudad medieval: Valladolid (1475-1520)*, financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología entre 2002-2004 (BHA 2001-1332) y dirigido por la profesora María Asenjo González.

<sup>2</sup> A. RUCQUOI, "Historia cultural: ¿un campo por definir?", en *Medievalisme: novel perspectives. VII Curs d'Estiu Comtat d'Urgell*, coord. per F. SABATÉ i J. FARRÉ, Llérida, 2003, p. 122.

<sup>3</sup> J. AURELL, "El desarrollo de la historiografía del Mediterráneo medieval a lo largo del siglo XX: el análisis de un espacio político, comercial y cultural", *Revista d'Història Medieval*, 10 (1999), p. 279.

<sup>4</sup> P. IRADIEL MURUGARREN, "La idea de Europa y la cultura de las élites mercantiles", en *Sociedad, culturas e ideologías en la España bajomedieval*, Zaragoza, 2000, p. 115; ID., "Metrópolis y hombres de negocios (siglos XIV y XV)", en *Las sociedades urbanas en la España medieval. XXIX Semana de Estudios Medievales de Estella*, Pamplona, 2003, pp. 279-280.

<sup>5</sup> Tomo la definición de J. AURELL, "Introducción. El Mediterráneo medieval y renacentista: la formación de una cultura mercantil específica", en *El Mediterráneo medieval y renacentista, espacio de mercados y de culturas*, ed. por J. AURELL, Pamplona, 2002, p. 23.

<sup>6</sup> J. HEERS, "L'enseignement à Gênes et la formation culturelle des hommes d'affaires en Méditerranée à la fin du Moyen Âge", *Revue des Études Islamiques*, 44 (1976), pp. 229-244; J. LE GOFF, *Marchands et banquiers du Moyen Âge*, París, 1972, sobre todo pp. 70-124 (edición original de 1956); H. PIRENNE, "L'instruction des marchands au Moyen Âge", *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, 1 (1929), pp. 13-28; Y. RENOARD, *Les hommes d'affaires italiens du Moyen Âge*, París, 1968, sobre todo pp. 98-104, 217-247 y 316-321; A. SAPORI, "La cultura del mercante medievale italiano", en *Gli orizzonti aperti. Profili del mercante medievale*, a cura di G. AIRALDI, Turín, 1997, pp. 139-173 (edición original de 1937). En la tradición citada de investigaciones entrarían también historiadores que trabajaron desde el ámbito hispánico, como C. CARRÈRE, "La vie privée du marchand barcelonais dans la première moitié du XV<sup>e</sup> siècle", *Anuario de Estudios Medievales*, 3 (1966), pp. 263-292; o C. BATLLE, "La mentalitat i les formes de vida dels mercaders catalans medievals", *Quaderns d'Història Econòmica de Catalunya*, 21 (1980), pp. 81-94.

<sup>7</sup> Utilizo la palabra *cosmovisión* (o visión del mundo) en un sentido semejante al que figura en A. GURIÉVICH, *Las categorías de la cultura medieval*, Madrid, 1990, particularmente en pp. 23-50.

<sup>8</sup> B. DINI, "I mercanti italiani nel Medioevo", en ID., *Saggi su una economia-mondo. Firenze e l'Italia fra Medite-*

Sea como fuere, lo cierto es que el tema de los vínculos entre cultura y comercio se ha convertido ya en un clásico del medievalismo. Pero, a la hora de abordar su examen, me parece que sigue siendo conveniente empezar con alguna precisión conceptual. Y ello, no sólo por los planteamientos distintos que se observan en muchos de los estudios realizados y que brindan una imagen muy diversificada de lo que debe entenderse por *cultura mercantil*, sino también porque, al fin y al cabo, la naturaleza de los términos que conforman esta expresión (es decir, *cultura* y *mercantil*) es difícilmente reducible en último extremo a criterios unívocos<sup>9</sup>.

Comenzando por el término *cultura*, pienso que es ya ocioso insistir en la polisemia que encierra la palabra, bajo la cual constan acepciones restringidas que se limitan a considerar la creación intelectual y artística, y aquellas otras más amplias que recogen conjuntos de modos de vida, costumbres, conocimientos y grados de desarrollo de una época o grupo social dados. Por esta última vía, la cultura y, por extensión, la historia cultural vienen a ser una especie de cajón de sastre en el que cabe casi todo y en el que llega a predominar la indefinición analítica<sup>10</sup>. Desde algún punto de vista, dicha indefinición puede resultar interesante como medio de aproximarse al objetivo ideal de construir una historia total del hombre<sup>11</sup>. No obstante, de la imprecisión derivan en paralelo efectos no deseados y que atañen al uso que se hace a veces del vocablo *cultura* casi como sinónimo de nociones como *ideología* o *mentalidad*. Un uso que esconde también a veces escaso rigor y cierta confusión de significados y que, además, se complica cuando se pretende dividir el propio universo cultural en sectores diferentes referidos, por ejemplo, a las denominadas *cultura de élites* y *cultura popular*<sup>12</sup>.

Sin descuidar las implicaciones de todo lo que acabo de señalar, el concepto de *cultura* que estimo más acertado desde la óptica particular adoptada en este trabajo es, en primer lugar, aquel que sitúa dicha cultura como un aspecto inalienable del comportamiento de las personas en la sociedad, dentro de un modelo de interpretación que, en rigor, no es tanto cultural como sociocultural<sup>13</sup>. A partir de aquí, y en segundo lugar, los elementos que nutren de sentido a la cultura son las reglas de acción, la representación mental, la práctica comunitaria o la técnica profesional que permiten a los individuos adaptarse a su medio natural y vivir en sociedad. En otras palabras, es el sistema de significados, actitudes, valores compartidos, lenguaje y formas simbólicas que se manifiestan en determinadas convicciones a nivel personal y en estrategias sociales a nivel colectivo<sup>14</sup>. Todo ello configura una dimensión de la cultura de raíz antropológica, con pretensiones de integración argumental y de interdisciplinariedad, pero cuya comprensión completa desde una perspectiva histórica puede ser difícil<sup>15</sup>.

Frente a realidades como éstas, más sencilla se presenta en apariencia la reflexión sobre el adjetivo *mercantil* o, mejor, sobre uno de los sustantivos vinculados a éste: el de *mercader*. Y esto es así

---

*rraneo ed Europa (secc. XIII-XVI)*, Pisa, 1995, pp. 117-135; M. TANGHERONI, "Le marchand italien: état de la question", en *Le marchand au Moyen Âge*, París, 1992, pp. 11-24.

<sup>9</sup> G. JEHEL, "Le marchand génois, un homme de culture", en *Le marchand au Moyen Âge*, cit., pp. 189-190.

<sup>10</sup> RUCQUOI, "Historia cultural ...", cit., pp. 121-125; P. BURKE, "Varieties of cultural history", en *Historia a debate*, ed. por C. BARROS, vol. II, Santiago de Compostela, 1995, pp. 175-177; ID., *What is cultural history?*, Cambridge, 2004.

<sup>11</sup> RUCQUOI, "Historia cultural ...", cit., pp. 125 y 141-142.

<sup>12</sup> Sobre cultura, ideología y mentalidad (o mentalidades) existe ya una amplia y conocida bibliografía europea que no reproduzco aquí. Me limito sólo a mencionar tres reflexiones sobre la problemática surgidas desde la historiografía española: *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*, ed. por C. GONZÁLEZ MÍNGUEZ, Bilbao, 1993; F.J. FERNÁNDEZ CONDE, "Cultura y mentalidades en la Alta Edad Media. La percepción del espacio y del tiempo como categorías básicas", en *Cultura de élites y cultura popular en Occidente (Edades Media y Moderna)*, ed. por E. GARCÍA FERNÁNDEZ, Bilbao, 2001, pp. 15-36, en especial pp. 15-20; y M<sup>a</sup>.I. DEL VAL VALDIVIESO, "Isabel la Católica en el contexto cultural de su tiempo", en *Arte y cultura en la época de Isabel la Católica*, ed. por J. VALDEÓN BARUQUE, Valladolid, 2003, pp. 369-390, sobre todo pp. 369-371.

<sup>13</sup> GURIÉVICH, *Las categorías ...*, cit., p. 19.

<sup>14</sup> Estas acepciones de *cultura* proceden de M. AURELL, "Conclusions", en *El Mediterráneo medieval y renacentista ...*, cit., p. 253; J. AURELL, *Els mercaders catalans al quatre-cents. Mutació de valors i procés d'aristocratització a Barcelona (1370-1470)*, Lérida, 1996, pp. 18-24; e ID. – A. PUIGARNAU, *La cultura del mercader en la Barcelona del siglo XV*, Barcelona, 1998, pp. 2-7. En estos dos últimos libros, además, se hace un recorrido bibliográfico justificativo de los fundamentos de las mismas.

<sup>15</sup> J.E. RUIZ-DOMÉNEC, "La herencia mediterránea de la cultura europea", *Revista d'Història Medieval*, 6 (1995), p. 33.

por la sustancial unidad que otorgaría al grupo de estos operadores el ejercicio común de una profesión en principio idéntica, articulada en torno al factor del intercambio e, incluso en ocasiones, alrededor de ingredientes complementarios como el desplazamiento geográfico o el beneficio económico. Sin embargo, por debajo de esta aproximación inicial, entre los protagonistas de los tratos mercantiles casi todo es diversidad, lo que a la postre complica y pone en entredicho el estereotipo de la armonía y la cohesión de los comerciantes como cuerpo social homogéneo en el marco de las ciudades medievales<sup>16</sup>.

Diversidad, primero, por las divergencias de caracterización de los mercaderes entre territorios que se atestigüen a lo largo de Europa y que provocan, por ejemplo, que el modelo de gran agente italiano de las postrimerías de la Edad Media (*italiano* del norte de la Península Italiana), al que se le presupone el despliegue de actividades sectoriales múltiples dentro de mecanismos completamente modernos de especulación capitalista, sea poco aplicable entonces a los operadores de las urbes ibéricas<sup>17</sup>. Y diversidad asimismo, después, por las enormes diferencias de potencial económico y de dedicación laboral que albergaba el interior del mundo mercantil. Un mundo, como se sabe, dividido por todas partes desde el siglo XI entre un número abundante de pequeños agentes, a veces ni siquiera especializados, que requerían escasa o casi ninguna instrucción, y un grupo restringido de medianos y grandes operadores que alcanzaban distintos grados de aprendizaje y en el que se hallarían las mejores muestras de *hombres de negocios*, una expresión bajo la que se privilegian criterios de coherencia de comportamientos de cierto nivel o rasgos más amplios de pluralidad y funcionalidad<sup>18</sup>. Además, en todo este contexto tampoco hay que olvidar la cronología, en particular por lo que atañe a la delimitación de una Baja Edad Media entre los siglos XIV-XV en la que, en contraste decisivo con la época anterior o como continuación de la misma, en el comercio se iban perfilando estrategias y procedimientos que serán peculiares de las centurias siguientes<sup>19</sup>.

Vista ya la serie de cuestiones reseñadas, es momento de que surja la pregunta clave: ¿qué debe entenderse por *cultura mercantil*? En mi opinión, una buena respuesta a este interrogante, y que concuerda con algunas de las ideas expuestas hasta aquí, la ha proporcionado Jaume Aurell a partir de su experiencia en el análisis de la Barcelona del Cuatrocientos. Para este autor, los valores asumidos por los mercaderes medievales se plasmaron esencialmente en su cultura material, en la vida familiar, en la concepción de la tarea comercial, en la formación intelectual y técnica, en los temas de sus lecturas y de sus gustos artísticos, en su espiritualidad y en los paradigmas sociales dominantes. Es decir, se forjaron al menos en cinco ámbitos (el doméstico, el profesional, el religioso, el ideológico y el erudito), que se convertirían así, más en general, en los componentes básicos de la cultura mercantil en la Edad Media<sup>20</sup>.

---

<sup>16</sup> AURELL, "Introducción ...", cit., pp. 26 y 31; ID. – PUIGARNAU, *La cultura del mercader ...*, cit., pp. 59-61; ID. – J.P. RUBIÉS, "Els mercaders catalans i la cultura, de l'Edat Mitjana al Renaixement", **Anuario de Estudios Medievales**, 23 (1993), pp. 223-224.

<sup>17</sup> IRADIEL MURUGARREN, "Metrópolis ...", cit., p. 284. Pero también poco generalizable a los agentes de otras zonas continentales, como los del mismo sur de la actual Italia (G. FENICIA, "Comercio y hombres de negocios en Italia en tiempos de los Reyes Católicos", en *Congreso Internacional 'Comercio y hombres de negocios en Castilla y Europa en tiempos de Isabel la Católica'*, Burgos, 2004, en prensa).

<sup>18</sup> SAPORI, "La cultura del mercante ...", cit., pp. 145 y 160; P. RACINE, "Le marchand, un type de la société médiévale", en *Le marchand au Moyen Âge*, cit., p. 1.

<sup>19</sup> A.Ja. GUREVIC, "El mercader", en J. LE GOFF *et alii*, *El hombre medieval*, Madrid, 1990, pp. 276-277; A. TENENTI, "El comerciante y el banquero", en *El hombre del Renacimiento*, ed. por E. GARIN, Madrid, 1988, p. 200.

<sup>20</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 21-23; ID. – PUIGARNAU, *La cultura del mercader ...*, cit., p. 15. Para comprobar la definición de Jaume Aurell, además de recurrir a las páginas de las obras que acabo de citar, conviene echar un vistazo global a las mismas sobre todo mediante sus índices, que son auténticas declaraciones de principios. Sea como fuere, creo que la posición de Aurell sobre lo que es la cultura mercantil iría en una línea parecida a la de historiadores como Saporì o Tenenti. El primero, pese a centrar muchos de sus trabajos en "*le cognizioni tecniche del mercante*" italiano, reconoce que la cultura de éste incumbe a campos más genéricos como el arte o la literatura (SAPORI, "La cultura del mercante ...", cit., p. 145; ID., *Il mercante italiano nel Medioevo. Quattro conferenze tenute all'École Pratique des Hautes-Études*, Milán, 1981, pp. 26-35). El segundo, también para el caso italiano, acepta que "*la culture marchande couvre plusieurs domaines à la fois*", entre los cuales se encuentra el "*outillage mental et technique*" (A. TENENTI, "Les affaires et l'argent", en CH. BEC *et alii*, *L'Italie de la Renaissance. Un monde en mutation (1378-1494)*, París, 1990, p. 301).

No obstante, a la hora de concretar en los hechos estos ámbitos, es imposible obviar la dificultad de fijar una imagen única de esa cultura de los mercaderes ante las condiciones descritas de diversidad del grupo. Al respecto, si nos centramos ya en el período bajomedieval, dentro de la profesión se han querido distinguir en el continente algunas pautas comunes de contenido cultural, que son válidas sobre todo para los operadores de posición medio-alta y que se han extraído normalmente del reiterado modelo italiano. En principio, dichas pautas se singularizaban por el dinamismo, la flexibilidad y la capacidad de adaptación al medio de los negociadores. Pero, con más detalle, tales pautas venían definidas por la mejora de técnicas, la variedad de actos comerciales, la mentalidad abierta y cosmopolita y el desafío al riesgo<sup>21</sup>. Incluso, para ciertas elites económicas internacionales que se movían y creaban asentamientos territoriales, se ha hablado también de su talento para difundir ideas y mecanismos con los que comerciaban siempre de modo homogéneo. Y de la circulación euromediterránea de tales instrumentos, que era resultado del “trading within cultures” o del “trading between cultures”<sup>22</sup>, nació lo que se ha denominado el sistema cultural urbano al que he aludido al inicio del texto, que contribuyó en paralelo a la formación de una determinada idea de Europa<sup>23</sup>.

En la Península Ibérica no faltó la presencia de estas elites internacionales, básicamente de origen toscano y liguor<sup>24</sup>. Con todo, no cabe duda que examinar la cultura mercantil en los reinos hispánicos de finales de la Edad Media obliga a atender prioritariamente a la situación de los comerciantes autóctonos, muy en especial a los que eran naturales de las coronas de Castilla y Aragón. Estos comerciantes pudieron verse afectados por las dinámicas importadas por sus colegas foráneos, aunque también supieron adaptar el uso de conocimientos de tradición musulmana o judía, por ejemplo<sup>25</sup>. Pero, en último extremo, fue la suma de estas influencias más las exigencias de la economía coetánea lo que facultó la configuración entre los mercaderes hispánicos de un mundo cultural que es el que pretendo exponer aquí.

Por razones de síntesis y de adecuación a los márgenes de extensión establecidos para la ponencia, en la observación de este tema me fijaré sólo en tres puntos que recogen de alguna manera varios de los aspectos de lo que he definido antes como cultura mercantil: 1) La carrera formativa de los operadores, en la que se combinaban elementos domésticos y profesionales; 2) La competencia técnica que poseían, ligada a la difusión de la escritura y a la práctica contable; y 3) Los libros que componían sus bibliotecas, y que prueban la religiosidad y la erudición en las que vivían envueltos los expertos peninsulares del intercambio.

En el recorrido por estos apartados no aspiro a ofrecer un balance concluyente de la problemática, entre otras cosas porque pienso que el estado actual de la historiografía lo impide. Por tanto, como señalo en el título del trabajo, me limitaré a brindar un acercamiento argumental en el que

---

<sup>21</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., p. 22; ID., “Introducción ...”, cit., p. 24; J. DAY, “Mercanti e banchieri dal XII al XV secolo”, en *La Storia. I grandi problemi dal Medioevo all’Età Contemporanea*, diretta da N. TRANFAGLIA e M. FIRPO, vol. I, Turín, 1988, p. 221.

<sup>22</sup> Las dos expresiones marcadas en cursiva proceden de J. ADELMAN – S. ARON, “Trading Cultures: The Worlds of Western Merchants”, en *Trading Cultures: The Worlds of Western Merchants. Essays on Authority, Objectivity, and Evidence*, ed. by J. ADELMAN and S. ARON, Turnhout, 2001, pp. 2-5.

<sup>23</sup> G. AIRALDI, “El ingenioso capitalista y su contribución a la idea de Europa”, *Revista d’Història Medieval*, 6 (1995), pp. 43-51 (artículo retomado parcialmente en ID., “Introduzione. Per la storia dell’idea di Europa: economia di mercato e capitalismo”, en *Gli orizzonti aperti ...*, cit., pp. 7-12); IRADIEL MURUGARREN, “La idea de Europa ...”, cit., pp. 115-132, sobre todo pp. 116 y 122; G. ROSSETTI, “Le élites mercantili nell’Europa dei secoli XII-XVI: loro cultura e radicamento”, en *Spazio urbano e organizzazione economica nell’Europa medievale*, a cura di A. GROHMANN, Annali della Facoltà di Scienze Politiche, Nápoles, 1993-1994, pp. 39-59; J.E. RUIZ-DOMÈNEC, “Elogio de la ciudad”, en ID., *Observando la Modernidad desde la Edad Media*, Valencia, 1999, p. 68.

<sup>24</sup> De una bibliografía ya sobreabundante sobre la presencia de mercaderes italianos en España, destaco sólo dos referencias de F. MELIS: *Mercaderes italianos en España. Siglos XIV-XVI (Investigaciones sobre su correspondencia y contabilidad)*, prólogo de F. RUIZ MARTÍN, Sevilla, 1976, e *I mercanti italiani nell’Europa medievale e rinascimentale*, a cura di L. FRANGIONI e con introduzione di H. KELLENBENZ, Florencia, 1990.

<sup>25</sup> Tal y como se ha recalado recientemente en B. CAUNEDO DEL POTRO, “El arte del algarismo en la Europa medieval”, en *El arte del algarismo. Un libro castellano de aritmética comercial y de ensayo de moneda del siglo XIV (Ms. 46 de la Real Colegiata de San Isidoro de León)*, ed. y estudio por B. CAUNEDO DEL POTRO y R. CÓRDOBA DE LA LLAVE, Salamanca, 2000, p. 58; y en ID., “De Arismetica. Un manual de aritmética para mercaderes”, *Cuadernos de Historia de España*, 78 (2003-2004), pp. 37-39.

resaltaré algunas cuestiones que, aunque fragmentarias, espero que resulten de interés. Y advierto asimismo de entrada que, si bien en dicho acercamiento trataré de analizar conjuntamente el caso de los mercaderes que ya he destacado (castellanos y aragoneses), privilegiaré los datos referidos a la Corona de Aragón por ser los que conozco mejor a través de la investigación directa o mediante la consulta de la bibliografía correspondiente.

## 2. La carrera formativa de los operadores

Por lo que incumbe al primero de los puntos que he reseñado, hay que indicar que el desarrollo de un itinerario formativo fue, con ritmos cada vez más acelerados desde el siglo XIII, una condición bastante indispensable para la consolidación y el éxito futuro de los negocios. Podría decirse que los mercaderes necesitaban ordenar y racionalizar su educación, dado que el comercio era un *arte* susceptible de conocimiento. Así lo dan a entender al menos tres manuscritos que se han conservado para el Medievo hispano.

Uno es el titulado *Libre de conexenses de spícies e de drogues e de avissaments de pessos, canes e massures de diverses terres*, de procedencia catalana y datado hacia 1385, que fue editado por Miguel Gual Camarena a partir de una copia escrita en 1455<sup>26</sup>. Éste sería un modelo de los manuales de mercadería surgidos en el seno de ciertas empresas mercantiles europeas, que se elaboraban para servir de guías de la actividad comercial mediante la recopilación de datos concretos y mensurables sobre la realidad bajomedieval. No eran tratados escolásticos o teóricos, sino volúmenes de índole eminentemente práctica que, por eso mismo, solían recoger sólo las noticias que interesaban a la compañía en la que se generaban y podían actualizarse de modo permanente según se fueran introduciendo elementos nuevos<sup>27</sup>.

Teniendo esto en cuenta, el libro que nos ocupa se abre con una alabanza del *art de la mercaderia*, ya que “*és la millor e pus profitosa que nagunes de les altres arts, haquella hon molta persona està en honor*”. Y a partir de aquí se despliega un contenido cuyo objetivo, como se declara en algún momento, es el de “*instroyr e informar los mercaders, aquells qui d'aquest art de mercaderia volen ussar*”<sup>28</sup>. Para ello, se incluyeron entre las páginas del texto cálculos matemáticos y notas exhaustivas sobre productos, monedas, pesos y medidas, referidas a todo el Mediterráneo y, muy en particular dentro de este espacio, a las costas africanas.

El segundo de los manuscritos que he comentado sigue siendo un manual de mercadería, aunque aparecido en esta ocasión en ámbito mallorquín y en fechas más tardías: es el *Libre que explica lo que â de ser un bon mercader*, copiado hacia 1520 pero con informaciones de finales del siglo XV<sup>29</sup>. Entre las virtudes y características que deben adornar a todo buen mercader, esta fuente menciona las de poseer memoria y, también, manos hábiles para poder escribir y llevar las cuentas. Quizá por ello, además de registrar una larga lista de recomendaciones y consejos de tipo práctico y religioso, el documento dedica bastante atención al tema de las paridades monetarias y contiene unas breves nociones de aritmética comercial<sup>30</sup>.

En clara relación con esto último, el tercer volumen que quería señalar es el *Libro de arismética que es dicho algarismo*, compuesto entre 1393-1400 en Castilla y que ha sido publicado por Betsabé Caunedo del Potro y Ricardo Córdoba de la Llave. También en este caso se trata de la muestra de un género de escritos corrientes en los ambientes económicos de la época, que denotan la demanda que tenía el saber matemático entre los mercaderes. Como se habrá apreciado ya, es evidente que para la instrucción de este grupo socioprofesional era útil aprender las reglas aritméticas básicas y algunas operaciones más complejas, explicadas en general o mediante el

<sup>26</sup> M. GUAL CAMARENA, *El primer manual hispánico de mercadería (siglo XIV)*, Barcelona, 1981.

<sup>27</sup> GUREVIC, “El mercader”, cit., p. 279; SAPORI, “La cultura del mercante ...”, cit., pp. 161-166; C. CUADRADA, *La Mediterrània, cruïlla de mercaders (segles XIII-XV)*, Barcelona, 2001, pp. 84-85.

<sup>28</sup> GUAL CAMARENA, *El primer manual ...*, cit., pp. 57 y 148.

<sup>29</sup> F. SEVILLANO COLOM, “Un manual mallorquín de mercadería medieval”, *Anuario de Estudios Medievales*, 9 (1974-1979), pp. 517-530.

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 521-528; F. MAYORDOMO GARCÍA-CHICOTE, *La taula de canvis. Aportación a la historia de la contabilidad valenciana (siglos XIII-XVII)*, Valencia, 2002, p. 77; R.J. PUCHADES I BATALLER, *Als ulls de Déu, als ulls dels homes. Estereotips morals i percepció social d'algunes figures professionals en la societat medieval valenciana*, Valencia, 1999, p. 145.

planteamiento de problemas que reproducían posibles situaciones reales, como ocurre a veces entre los casi doscientos casos que se resuelven en el manuscrito<sup>31</sup>.

Según apuntan los editores de este *Libro de arismética*, su compilación debería quizá vincularse con los esfuerzos de superación de la crisis del siglo XIV, en el sentido de que las dificultades de la centuria obligaron a depurar y a perfeccionar los métodos de los mercaderes (castellanos en esta oportunidad) para mantener sus beneficios económicos<sup>32</sup>. Sea como fuere, lo cierto es que dicho libro es el tratado de aritmética mercantil más antiguo que se conoce hasta hoy en los reinos hispánicos, al cual siguieron –siempre en los territorios peninsulares– otras monografías similares hasta finales del siglo XV y, todavía mucho más, en el XVI. Títulos como *De Arismetica* (procedente asimismo de la Castilla bajomedieval) o la *Summa de l'art d'aritmética* de Francesc Santcliment (impresa en Barcelona en 1482)<sup>33</sup> son meros ejemplos puntuales de estudios que enlazan con una tradición paralela de manuales europeos, ya sea en Italia –cómo no– o también en Francia<sup>34</sup>. Tradición que facilitó a las actividades mercantiles mecanismos ligados, entre otros factores, a la introducción del cero, a la simplificación operacional (que exigía incorporar la numeración posicional) y al aprovechamiento de las reglas de tres en sus diferentes aplicaciones al campo comercial y financiero<sup>35</sup>.

Vistos los manuscritos y las realidades anotadas, la cuestión es saber cómo el contenido y la preparación profesional que trasluce esta clase de textos podía pasar a ser parte del bagaje cultural de un mercader en formación. Dentro de las sociedades mediterráneas, uno de los prototipos más claros al respecto lo ofrecen las ciudades toscanas de los siglos XIV-XV. Aquí, la función combinada de la casa familiar, la escuela urbana y el *fondaco* mercantil permitía el desarrollo de una educación que empezaba con la enseñanza de la lectura y la escritura y continuaba con la asimilación del ábaco (el arte de contar) a cargo particularmente de escuelas o maestros de ábaco. Sin duda, el que las empresas toscanas adoptaran pronto sofisticadas técnicas comerciales ayudó a implantar esta fase educativa más especializada. Finalmente, el recorrido acababa a partir de los 12 o 14 años cuando el estudiante se convertía en joven aprendiz del oficio mercantil, incluso a través de la ejecución de viajes al extranjero<sup>36</sup>.

---

<sup>31</sup> *El arte del algarismo. Un libro castellano ...*, cit. En esta publicación, la transcripción del manuscrito se halla entre las pp. 133-213 y viene precedida de un estudio introductorio de CAUNEDO DEL POTRO, “El arte del algarismo en la Europa medieval”, cit., pp. 23-82. Sobre los problemas señalados que se resuelven en el documento, complétense los datos de este estudio con ID., “La vigencia de Beda en la aritmética mercantil castellana del siglo XIV”, en *Poder y sociedad en la Baja Edad Media Hispánica. Estudios en homenaje al profesor Luis Vicente Díaz Martín*, coord. por C.M. REGLERO DE LA FUENTE, vol. II, Valladolid, 2002, pp. 937-949.

<sup>32</sup> CAUNEDO DEL POTRO, “El arte del algarismo en la Europa medieval”, cit., p. 62.

<sup>33</sup> CAUNEDO DEL POTRO, “*De Arismetica ...*”, cit., pp. 35-46; ID., “El arte del algarismo en la Europa medieval”, cit., p. 58; F. SANTCLIMENT, *Summa de l'art d'aritmética*, ed. a cura d'A. MALET, Vic, 1998. Para observar la continuidad de obras aritméticas hispanas hasta el XVI, véase MAYORDOMO GARCÍA-CHICOTE, *La taula de canvis ...*, cit., pp. 81-95 (donde consta una lista detallada de los manuales de tal tipo publicados en España desde finales del siglo XV hasta mediados del siglo XVII), y J. PARDO TOMÁS, “La producción impresa de libros científicos en la Corona de Aragón durante el siglo XVI”, en *La Corona de Aragón y el Mediterráneo. Siglos XV-XVI*, coord. por E. SARASA y E. SERRANO, Zaragoza, 1997, pp. 257-258. Además, junto a los libros de aritmética, fueron apareciendo también en ámbito hispánico estudios centrados específicamente sobre los libros de cuentas, como un tratado elaborado por Diego del Castillo en 1522, que –eso sí– adopta una perspectiva más jurídica que contable (B. CAUNEDO DEL POTRO, “Algunas consideraciones sobre los libros de cuentas. El Tratado del licenciado Diego del Castillo”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 30 (2003), pp. 145-157).

<sup>34</sup> Sobre el caso de Italia, constante pionera en estos temas, baste señalar la importancia que alcanzó la *Summa* de Luca Pacioli, publicada en Venecia en 1494 (L. PACIOLI, *De las cuentas y las escrituras: Título Noveno, Tratado XI de su Summa de Arithmetica, Geometria, Proportioni et Proportionalità*, estudio introductorio, traducción y notas por E. HERNÁNDEZ ESTEVE, Madrid, 1994). Para Francia, véase P. BENOIT, “La formation mathématique des marchands français à la fin du Moyen Âge: l'exemple du Kadran aux marchands (1485)”, en *Les entrées dans la vie: initiations et apprentissages* (número spécial des *Annales de l'Est*, 5<sup>e</sup> série, nos 1-2), Nancy, 1982, pp. 209-224; ID., “Marchands et mathématiques: le cas français”, en *Le marchand au Moyen Âge*, cit., pp. 195-210; y *Une arithmétique commerciale du XV<sup>e</sup> siècle. Le “Compendy de la pratique des nombres” de Barthélemy de Romans*, ed. par M. SPIESSER, Turnhout, 2003.

<sup>35</sup> V.L. SALAVERT FABIANI, “Aspectos de la comunicación científico-técnica entre la Corona de Aragón e Italia en el Renacimiento”, en *La Corona de Aragón y el Mediterráneo ...*, cit., pp. 112-113; GUREVIC, “El mercader”, cit., p. 277.

<sup>36</sup> CH. BEC, *Les marchands écrivains. Affaires et humanisme à Florence, 1375-1434*, París-La Haya, 1967, pp. 383-393; DAY, “Mercanti e banchieri ...”, cit., pp. 210-211; DINI, “I mercanti italiani ...”, cit., pp. 128-129; SAPORI, “La cultura del

En otras urbes italianas, como Génova, donde las escuelas de ábaco surgieron escasa y tardíamente, la demanda de los mercaderes encontró respuesta en ciertos maestros que, sin renunciar a sus planteamientos tradicionales, adaptaron la enseñanza de la gramática a las necesidades prácticas de la vida comercial. Por ello, ya entre mediados del Doscientos e inicios del Trescientos, se hallan testimonios que apuntan la posibilidad de aprender “*gramaticam secundum usum mercatorum*”, “*competenter latinari et scribere secundum quod pertinet ad mercatores*” o “*facere epistulas sive breves ad modum mercatorum Ianue*”<sup>37</sup>. De todas maneras, y tanto en el caso toscano como en el ligur, las distintas etapas de la instrucción completaban un verdadero método de análisis de la realidad, que debía conducir al pleno discernimiento de las situaciones económicas del mercado propio y de las regiones vinculadas a él.

En los reinos hispánicos de la Baja Edad Media, los datos que he consultado sobre la carrera formativa de los operadores señalan caminos algo diferentes de lo que acabo de resumir. Y ello, dentro de un marco global en el que prevalecía el caos didáctico al menos en las primeras fases del aprendizaje (las que divulgaban el escribir, el leer y el contar), es decir, la amalgama de lugares donde las gentes de la Península Ibérica (mercaderes o no) podían educarse según las exigencias de cada cual, y no siempre siguiendo estudios reglados y programados de antemano. Y, también, en el que predominaba una opción de dicho aprendizaje (ahora sí especialmente para los comerciantes y, junto a ellos, para los artesanos) que era antes una alternativa laboral que cultural, desde el momento en que se acudía a ella sobre todo para lograr las habilidades precisas con las que desenvolverse en el mundo de los negocios<sup>38</sup>.

En la Barcelona del siglo XV, la formación profesional de los futuros mercaderes a partir del uso de razón de éstos adquiría dos facetas distinguidas: la educación como persona (que reunía aspectos intelectuales, de cultura general y de normas de convivencia) y la instrucción particular como comerciante. Para desarrollar ambas vertientes, los espacios básicos de enseñanza eran la casa familiar y la casa o tienda de un mercader. Ésta última podía ser el mismo hogar familiar (si el padre era ya comerciante) o la casa de un tercero, en cuyo caso se acordaban mecanismos de colocación mediante contratos de aprendizaje. El joven así instalado se habituaba a los secretos del oficio y a manejar la contabilidad y las diversas técnicas del mercado, llegaba a acompañar a su patrón en los desplazamientos al extranjero, y podía colaborar con él en su trabajo prestando servicios de representación permanente o temporal<sup>39</sup>.

Para la misma capital catalana, subsiste el problema de si las escuelas urbanas se usaban como órganos de adiestramiento económico. La duda la provocarían al menos dos hechos. Uno, la petición atestiguada en 1437 para que se enseñaran en la ciudad los sistemas monetarios, de cambios y otras cuentas, ya que “*diu-se com en la ciutat de Florença se tenen scoles d’aquesta sciència*”, por lo cual en Barcelona “*seria assats pertinent cosa que algun [que] fos apte e expert en tal sciència principiàs llegir e tractar de aquesta matèria en les scoles de la gramàtica*”. Y el otro, el que un “*magister abbaque*” pisano (Cristoforo Grillo) trabajara en Barcelona entre 1442-1450, acaso en las escuelas mayores de la urbe<sup>40</sup>. Pese a ambas informaciones, aún no se ha conseguido demostrar con claridad que dichas escuelas sirvieran comúnmente para reforzar desde

---

mercante ...”, cit., pp. 150-157.

<sup>37</sup> G. AIRALDI, “La cultura del mercante”, en *Cristoforo Colombo nella Genova del suo tempo*, a cura di P. SANAVIO *et alii*, Turín, 1985, p. 199; CAUNEDO DEL POTRO, “El arte del algarismo en la Europa medieval”, cit., p. 45; J.M<sup>a</sup>. CRUSELLES GÓMEZ, *Escuela y sociedad en la Valencia bajomedieval*, Valencia, 1997, pp. 174-175.

<sup>38</sup> A. CASTILLO GÓMEZ, “Entre la necesidad y el placer. La formación de una nueva sociedad del escrito (ss. XII-XV)”, en *Historia de la cultura escrita. Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*, coord. por A. CASTILLO GÓMEZ, Gijón, 2002, pp. 192-194; I. BECEIRO PITA, “Las vías de acceso a la instrucción durante la Baja Edad Media”, en *Alcalá de Henares y el Estudio General. Enseñanza y vida urbana en la España bajomedieval*, coord. por A. CASTILLO GÓMEZ, Alcalá de Henares, 1996, pp. 25-58.

<sup>39</sup> AURELL – PUIGARNAU, *La cultura del mercader ...*, cit., p. 138; C. CARRÈRE, *Barcelona, 1380-1462. Un centre econòmic en època de crisi*, vol. I, Barcelona, 1977, pp. 142-144; C. CUADRADA, “Volèn instroyr e informar los mercaders, aquells qui d’aquest art de mercaderia volen ussar”, **Revista d’Història Medieval**, 5 (1994), pp. 107-130.

<sup>40</sup> C. BATLLE, “Las bibliotecas de los ciudadanos de Barcelona en el siglo XV”, en *Livre et lecture en Espagne et en France sous l’Ancien Régime. Colloque de la Casa de Velazquez*, París, 1981, p. 23.

lo teórico el saber técnico de los mercaderes<sup>41</sup>.

En Valencia, ni la documentación institucional ni la privada parecen haber dejado rastro de algo similar a los centros de ábaco toscanos o a la enseñanza gramatical especializada al estilo genovés. Y ello, aunque se cree en paralelo que la proliferación de agentes italianos en esta ciudad generó múltiples impulsos culturales que, entre otros motivos, contribuyeron a la eclosión de las escuelas urbanas que se observa desde finales del siglo XIV<sup>42</sup>. Ante tal situación, y como en Barcelona, el peso de las tareas educativas correspondió más a otros dos ámbitos, en ocasiones no muy diferenciados entre sí: la esfera doméstica del hogar familiar, como primer círculo de sociabilidad, y el espacio de la casa, tienda o empresa mercantil.

En este contexto, y según se ha comprobado para la primera mitad del Cuatrocientos, era usual que los hijos de los comerciantes valencianos se iniciaran en los rudimentos de la lectura y la escritura latina y vulgar antes de comenzar la etapa fundamental de formación profesional. En esta fase, la función de la madre o los preceptores y la de los maestros en las escuelas públicas era importante. No obstante, con frecuencia, esta enseñanza elemental se confundía con la del oficio, lo que justificaría la redacción de contratos de aprendizaje con mercaderes que estipulaban la obligación de "*docere legendi et scribendi et artem mercaturie*". Una vez el niño había crecido y se había decantado por ejercitar el tráfico comercial, entraba dentro de una compañía comercial. El padre lo solía emplear con un operador más o menos reputado, de la propia ciudad o de otra, por un período durante el cual el niño aprendería los conceptos básicos del negocio (por ejemplo, llevar la contabilidad), a la vez que podría viajar al extranjero con su jefe o efectuar por él labores de delegación. Desde este instante, el muchacho aprendía trabajando y trabajaba mientras aprendía, lo cual implicaba un riesgo para su maestro que podía cubrirse mediante avales por parte de los parientes del mozo<sup>43</sup>.

En el conjunto de la Corona de Castilla, algunas informaciones notariales descubiertas en Málaga para las décadas de transición entre los siglos XV-XVI muestran que los mercaderes asentados en la ciudad podían contratar a maestros para que enseñaran a sus hijos o criados la lectura y la escritura e, incluso, el "*faser cuenta llana*". Una expresión que identificaba inicialmente los cálculos simples de sumar y restar, pero que, desde 1530, integraba también la multiplicación. Sin embargo, la escasez de los documentos de este tipo hallados hace pensar que, quizá, las familias de los comerciantes (al menos las de cierto poder adquisitivo) no recurrirían tanto a cualquiera de las escuelas existentes en la ciudad como a tutores particulares. Sea como fuere, el paso por esta educación básica marcaría el principio y el fin de una instrucción teórica ideada para objetivos concretos, por lo que más de un joven corría el riesgo de olvidar todo lo que hubiera aprendido si no lo practicaba<sup>44</sup>.

En Burgos, es posible que las nociones de aritmética se adquirieran junto a otros conocimientos elementales en la propia urbe, aunque no se sabe tampoco si había en ella alguna institución especializada o si tal formación corría a cargo de preceptores específicos o se desarrollaba en los centros de aprendizaje más generales. De lo que no hay duda es de que, aquí, se daría un claro vínculo entre relación laboral y sistema educativo, según sugiere el ejemplo de los mercaderes laneros de la localidad nuevamente en el tránsito del XV al XVI. Y es que, más allá de la trascendencia didáctica de los manuales de mercadería o de la misma pericia contable, la esencia de la enseñanza profesional de estos agentes burgaleses era la práctica diaria y cercana al ejercicio de la propia actividad. Una práctica que suponía la sucesión de cuatro etapas claves: introducción

---

<sup>41</sup> Tal y como se matiza en J. AURELL, "L'esperit capitalista a la Catalunya premoderna", **Pedralbes**, 16 (1996), p. 176, y en ID. – PUIGARNAU, *La cultura del mercader ...*, cit., p. 160.

<sup>42</sup> CRUSELLES GÓMEZ, *Escuela y sociedad ...*, cit., pp. 158-159, 175-176 y 199.

<sup>43</sup> E. CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia en la edad media (1380-1450)*, Lérida, 2001, pp. 153-155 y 218-220; CRUSELLES GÓMEZ, *Escuela y sociedad ...*, cit., pp. 139-142. En Valencia, el aprendizaje fundamentalmente práctico del oficio mercantil (a través de la colocación contractual de los jóvenes dentro de compañías) se mantenía en el siglo XVI. Pero, entonces, parece que no es descartable la posibilidad de que los futuros mercaderes asimilaran también una enseñanza teórica de la aritmética comercial en las escuelas de maestros de gramática y de cuentas, y hasta en las propias aulas del Estudio General (MAYORDOMO GARCÍA-CHICOTE, *La taula de canvis ...*, cit., pp. 77-80).

<sup>44</sup> M<sup>a</sup>.T. LÓPEZ BELTRÁN, *Educación, instrucción y alfabetización en la sociedad urbana malagueña a finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna*, Málaga, 1997, pp. 43-44, 58 y 68-69.



en los negocios de la mano de expertos, actuación de los jóvenes como *hombres de sierra* encargados de recorrer las zonas productoras de lana, iniciación en la gestión ferial, y despliegue de trabajos de factoría en diferentes plazas peninsulares o extranjeras. Así se confeccionaba una carrera modélica, bastante ajena a la enseñanza libraria, con la que se pretendía lograr la máxima habilidad en el “trato de la mercadería”<sup>45</sup>.

El énfasis que los esquemas formativos descritos en los territorios hispánicos ponían en lo práctico y lo empírico por encima de lo teórico corrobora hasta qué punto, para los mercaderes, el aprendizaje era más un requisito profesional que una opción erudita, como he señalado en algún momento anterior<sup>46</sup>. Y, además, recalca que su cultura se construía en un sentido acumulativo o *aluvional*, es decir, un sentido propio de un cuadro mental en fase de estructuración, que no elimina nada del conocimiento tradicional de los operadores ya consagrados sino que, por el contrario, lo enriquece continuamente por medio de la experiencia directa y de otras destrezas conseguidas muchas veces fuera de la ciudad de origen<sup>47</sup>.

### 3. La competencia técnica: la escritura y la contabilidad

El segundo apartado que quería abordar en mi exposición tiene que ver, como se dijo, con la capacitación técnica de los mercaderes. Considero innecesario detallar aquí lo que significó en la Baja Edad Media el perfeccionamiento de los instrumentos que usaban los actores del comercio, algo que es muy conocido. Baste recordar que en estos siglos se gestaron la contabilidad moderna y los dispositivos más avanzados del mundo del mercado y la banca, y que los mismos quedaron implantados en la mayor parte del Occidente europeo aunque fuera con ritmos distintos según regiones y con una penetración social desigual. En cualquier caso, todo este universo técnico se articuló a través de una variada gama de actos específicos que acabaron por constituir el denominado *know-how* del mercader medieval. Un término que puede no resultar impropio, pese a su abusivo actualismo, porque no traduce otra cosa que un *sistema informativo*, o sea, una red de referencias tecnológicas y de mercado constantemente renovadas al servicio de la actividad económica y que hallaron su plasmación en esa escritura que ya he resaltado como fundamental en la trayectoria del aprendizaje comercial<sup>48</sup>.

El mercader no sólo debía saber escribir sino que, además, debía escribir todo lo posible<sup>49</sup>. De ahí que, en las ciudades de la época, su grupo conformara uno de los sectores profesionales más familiarizados con la producción escrita y en cuyo seno se cree que la tasa de alfabetización era de las más elevadas, a pesar de las continuas dificultades que supone deducir este índice y siempre teniendo en cuenta la misma diversidad interna del colectivo mercantil<sup>50</sup>. Sea como fuere, la proliferación de lo escrito se convirtió en un mecanismo de racionalización y de control de los negocios<sup>51</sup>, sobre todo desde el instante en que una porción del personal de las empresas europeas

<sup>45</sup> B. CAUNEDO DEL POTRO, “Negocios laneros: iniciación de una carrera comercial”, en *Actas de las I Jornadas sobre minería y tecnología en la Edad Media peninsular*, Madrid, 1996, pp. 638-648; ID., “Factores burgaleses. ¿Privilegiados o postergados?”, *En la España medieval*, 21 (1998), pp. 99-102.

<sup>46</sup> Y como se ha destacado también a nivel europeo en TENENTI, “El comerciante ...”, cit., p. 208; ID., “Les affaires ...”, cit., pp. 299-300; y J. FAVIER, *De l'or et des épices. Naissance de l'homme d'affaires au Moyen Âge*, París, 1987, pp. 69-97.

<sup>47</sup> G. AIRALDI, “Modelli coloniali e modelli culturali dal Mediterraneo all'Atlantico”, en *Gli orizzonti aperti ...*, cit., p. 204; IRADIEL MURUGARREN, “La idea de Europa ...”, cit., p. 131.

<sup>48</sup> G. DORIA, “Conoscenza del mercato e sistema informativo: il know-how dei mercanti-finanzieri genovesi nei secoli XVI e XVII”, en *La repubblica internazionale del denaro tra XV e XVII secolo*, a cura di A. DE MADDALENA e H. KELLENBENZ, Bolonia, 1986, pp. 57-121; IRADIEL MURUGARREN, “La idea de Europa ...”, cit., pp. 122 y 130.

<sup>49</sup> M. TANGHERONI, *Commercio e navigazione nel Medioevo*, Roma-Bari, 1996, p. 319.

<sup>50</sup> Hipótesis sobre la alfabetización de los mercaderes o sobre su familiaridad con la escritura se han aventurado, por ejemplo, en la Inglaterra del XV (CASTILLO GÓMEZ, “Entre la necesidad ...”, cit., pp. 188 y 196), en la Valencia del mismo siglo (M<sup>a</sup>.L. MANDINGORRA LLAVATA, “La cultura escrita y las bibliotecas privadas”, en *Historia de Valencia*, dir. por A. FURIÓ, Valencia, 1999, p. 204), y en la Barcelona posterior a 1473 (M. PEÑA, *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas (Barcelona, 1473-1600)*, Lérida, 1996, pp. 136 y 140). De todos modos, un indicio de la dificultad que implica reflexionar sobre el tema de la alfabetización lo da el que no se deba establecer una relación inmediata entre la generación o posesión de documentos escritos y la capacidad para elaborarlos, ya que siempre podían ocurrir casos de intermediación o delegación gráfica (CASTILLO GÓMEZ, *ibidem*, pp. 199-200).

<sup>51</sup> Así se ha resaltado desde el ámbito valenciano en M<sup>a</sup>.T. PALASÍ FAS, “El libro de cuentas del banquero Martí Bosa

de cierto nivel consolidó su sedentarismo, mientras el resto mantenía su movilidad geográfica. Entonces, a la exigencia de escriturar los intercambios, se unió la de hacer circular la información (y hacerlo con alguna rapidez), con lo que se levantó en el continente una densa trama de relaciones epistolares que constituyeron a la vez el soporte y la verificación de las operaciones interpuestas<sup>52</sup>. De esta manera, la escritura alcanzó la categoría de medio privilegiado de expresión y comunicación, y se adaptó bien a las condiciones que requería el comercio en cuanto al dinamismo de sus actividades.

Varios serían los síntomas de la concreción de todos estos fenómenos en los reinos hispánicos de los siglos XIV-XV. Entre otros, alguno gira alrededor de la simple demostración documental de la posesión de tales escritos por parte de los mercaderes asentados en nuestra península. Sólo en calidad de ilustración, entre los numerosos ejemplos aducibles al respecto escojo el de un agente veneciano residente en Barcelona (Domenico di Stefano), de cuyos bienes se redactó un inventario *post mortem* en 1471. En ese inventario se hizo constar la presencia de tres cajones de escritos, en dos de los cuales figuraban casi una veintena de libros, manuales o cuadernos de cuentas, varios pliegos de papeles (escritos y sin escribir) y de “*letres missives*”, sendos contratos de la compra de una esclava y de una carabela, el “*procés de una nau*”, una carta de navegar y “*unes horettes petites, sotils*”<sup>53</sup>. Desde luego, el que estas noticias se refieran a un operador extranjero no obsta para que puedan considerarse asimilables a las de otros mercaderes hispánicos (sin ir más lejos, los de la propia Corona de Aragón), para quienes también se ha atestiguado la posesión de tipos textuales parecidos a los indicados<sup>54</sup>. Todo lo cual señala hasta qué punto la cultura que podríamos llamar *intelectual* de los mercaderes se nutría no sólo de sus bibliotecas personales o de los tratados de mercadería, sino también de sus libros contables y de los escritos que reflejaban sus técnicas<sup>55</sup>.

Un segundo síntoma posible que insistiría en el relieve de la escritura comercial en tierras ibéricas lo da el hecho de que, en las casas o tiendas de algunos mercaderes, el *escritorio* ocupe un lugar destacado en la distribución del espacio. Durante el Cuatrocientos, de nuevo en la Corona de Aragón, esta palabra servía al mismo tiempo para designar una cámara empleada como oficina contable, y el mueble de madera sobre el que los agentes redactaban sus textos. Que se tratara únicamente de una u otra realidad solía depender del grado de riqueza del profesional y de su volumen de negocio<sup>56</sup>. En cualquier caso, los inventarios correspondientes examinados en Barcelona, por ejemplo, corroboran la presencia en ese escritorio de las herramientas necesarias para escribir y hasta, en ocasiones, de mercancías que quizá estaban cercanas a su venta o que esperaban para ser catalogadas. Pero también pueden certificar la función de dicho escritorio como ámbito organizativo y acumulativo a la vez, al ser sitio de conservación de los libros de la biblioteca personal del mercader y de elaboración y archivado de libros de cuentas y de documentos, entre los que se incluirían diferentes géneros de contratos (concertados como norma

---

(1414-1425): La racionalización de los negocios a través de la escritura”, **Estudis Castellonencs**, 6, tomo 2 (1994-1995), pp. 1001-1010; y en D. IGUAL LUIS, “L’escritura del comerç a la Baixa Edat Mitjana. Una font material d’estudi”, **Butlletí de l’Associació Arqueològica de Castelló**, 12 (1992), pp. 67-76. Pero contextualicense ambas visiones particulares con otros trabajos relativos a la Península Ibérica en su conjunto: F.M. GIMENO BLAY, “Aprender a escribir en la Península Ibérica: de la Edad Media al Renacimiento”, en *Escribir y leer en Occidente*, ed. por A. PETRUCCI y F.M. GIMENO BLAY, Valencia, 1995, pp. 125-144; y A. RUCQUOI, “Educación y cultura”, en *Rentas, producción y consumo en España en la Baja Edad Media*, Zaragoza, 2001, pp. 65-88.

<sup>52</sup> G. AIRALDI, “L’eco della scoperta dell’America: uomini d’affari italiani, qualità e rapidità dell’informazione”, en *Gli orizzonti aperti ...*, cit., pp. 225-237; F. MELIS, “Intensità e regolarità nella diffusione dell’informazione economica generale nel Mediterraneo e in Occidente alla fine del Medioevo”, **Quaderni di Storia Postale**, 2 (1983), pp. 9-69; TENENTI, “El comerciante ...”, cit., pp. 211-212. Sobre el sedentarismo de los mercaderes europeos, véase el caso catalán en J. AURELL, “El procés de sedentarització dels mercaders barcelonins al segle XV. La delegació de la feina comercial i els perills de la navegació”, **Anuario de Estudios Medievales**, 24 (1994), pp. 49-65.

<sup>53</sup> A.M. ARAGÓ CABAÑAS, “Inventari dels béns d’un mercader venecià (1471)”, **Anuario de Estudios Medievales**, 10 (1980), pp. 611-617.

<sup>54</sup> Como se aprecia, para la Barcelona del siglo XIV, en J. HERNANDO, *Llibres i lectors a la Barcelona del segle XIV*, 2 vols., Barcelona, 1995 (donde, entre otras muestras de inventarios de bienes de mercaderes con citas a la posesión de escritos, destacan las del vol. I, pp. 128-130, y II, pp. 430 y 632-640). Y, para la Valencia de la primera mitad del Cuatrocientos, en CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., pp. 216-228.

<sup>55</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., p. 136.

<sup>56</sup> *Ibidem*, pp. 112-113; CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., p. 216.

ante notario) y de cartas mercantiles<sup>57</sup>.

Con las múltiples clases de productos escritos que he venido mencionando en los dos párrafos precedentes, dejando de lado por ahora los pertenecientes a las bibliotecas privadas, tendríamos una visión aproximada de los textos generados dentro del panorama comercial hispánico, en especial en su vertiente mediterránea. Textos que son de obvia importancia económica, pero en los cuales (sobre todo si se trata de libros contables) no falta en alguna oportunidad la introducción de guiños personales más o menos escuetos, en la línea de registrar una suerte de memoria particular destinada a perpetuarse en el futuro<sup>58</sup>. Cuando se da esta situación, ello implicaría el cierto deslizamiento de los volúmenes contables afectados hacia una diversidad de funciones y significados, y recordaría remotamente a los *libri di famiglia* o *libri di ricordanze* que, con otra magnitud y con una voluntad memorialística más clara, surgieron en ambiente italiano desde el Trecentos, siendo protagonizados por unos mercaderes (básicamente toscanos) a los que se ha calificado de auténticos “*marchands écrivains*”<sup>59</sup>.

De todos modos, si volvemos al ámbito hispánico, hay que decir que la inmensa mayoría de los documentos creados aquí por los mercaderes se ha perdido como consecuencia, fundamentalmente, de la aplicación de un pragmatismo material que hacía que la conservación de tales fuentes se ligara a su utilidad. Y dicha utilidad solía mantenerse sólo en vida del propio comerciante y hasta que sus negocios y deudas se hubieran saldado tras su muerte. Estas afirmaciones pueden ser válidas tanto para la Corona de Aragón como para la de Castilla, aunque se debe admitir que, hoy en día y dentro de esta general penuria heurística, los testimonios aragoneses son más abundantes y precoces que los castellanos, ya sea de forma directa (mediante la permanencia de escritos originales de los mercaderes medievales) o indirecta (con referencias sacadas de protocolos notariales o de registros judiciales). A veces, esta diferenciación territorial se ha querido vincular a la hipótesis de que muchas prácticas mercantiles alcanzaran antes mayor difusión y nivel técnico en Aragón que en Castilla<sup>60</sup>. Pero, con independencia de esto, lo cierto es que en la actualidad se han estudiado ya varias colecciones de noticias al respecto en ambos espacios, y que de ellas pueden extraerse ideas relevantes.

En la Castilla septentrional, es en torno a Burgos y al ciclo ferial medinense donde se han hallado numerosas informaciones de los siglos XV-XVI, que han permitido a Hilario Casado señalar que los mercaderes castellanos supieron copiar entonces las innovaciones gerenciales, los instrumentos y las técnicas comerciales que anterior o simultáneamente habían aparecido en Italia y en Flandes. Y no sólo copiaron estos mecanismos, sino que los aplicaron más eficazmente que algunos de sus competidores e, incluso, contribuyeron a su difusión por determinadas zonas de Europa como Ruán, Nantes, Burdeos y, quizá, hasta Inglaterra.

Como prueba de tales argumentos, el profesor Casado aporta la cronología a partir de la cual ha documentado el empleo de ciertas modalidades de negociación: la letra de cambio, adoptada por burgaleses desde 1429; un sistema de pagos multilateral e internacional, fijado en las ferias de

---

<sup>57</sup> J. AURELL, “La mentalitat professional dels mercaders de la Barcelona del segle XV: la funció dels escriptoris”, **Estudis Històrics i Documents dels Arxius de Protocols**, 14 (1996), pp. 205-228; ID., *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 112-118; ID. – PUIGARNAU, *La cultura del mercader ...*, cit., pp. 148 y 152-155.

<sup>58</sup> CASTILLO GÓMEZ, “Entre la necesidad ...”, cit., p. 200. Ejemplos de lo que acabo de apuntar se hallan en Valencia, tanto en el siglo XIV (F.M. GIMENO BLAY – M<sup>a</sup>.T. PALASÍ FAS, “Del negocio y del amor: el diario del mercader Pere Seriol (1371)”, **Saitabi**, 36 (1986), pp. 37-55; CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., p. 220) como en las dos centurias siguientes (M<sup>a</sup>.L. MANDINGORRA LLAVATA, “La configuración de la identidad privada: diarios y libros de memorias en la Baja Edad Media”, en *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares*, coord. por A. CASTILLO GÓMEZ, Gijón, 2002, pp. 131-152), y parecen corresponder a operadores de medio o bajo nivel económico (incluso no especializados) o que llegaron a abandonar la profesión mercantil. Cuando hablo de “guiños personales”, me refiero a que algunos libros de cuentas incluyeron en su redacción noticias sobre la vida familiar y sentimental de sus promotores. En ocasiones, esta *personalización* del contenido de lo escrito pudo adquirir directamente la forma de diario (recordatorio de los hechos privados y económicos de su autor, pero también de los acontecimientos de la ciudad), como ocurre en la misma Valencia de inicios del XVI con el *Dietari* de Jeroni Soria, un tendero de paños de padre originariamente genovés (*Dietari de Jeroni Soria*, con un prólogo de F. DE P. MOMBLANCH GONZÁLEZ, Valencia, 1960).

<sup>59</sup> BEC, *Les marchands écrivains ...*, cit., *passim* pero fundamentalmente pp. 47-247.

<sup>60</sup> P. IRADIEL MURUGARREN, “La crisis medieval”, en *Historia de España*, dir. por A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, vol. IV, Barcelona, 1988, p. 119.

Medina del Campo, Medina de Rioseco y Villalón desde el reinado de los Reyes Católicos; los seguros marítimos, utilizados nuevamente por agentes burgaleses desde 1468; y el método de contabilidad por partida doble, que se generalizó en Castilla desde la década de 1520, pero que ya estaba presente en Burgos antes de 1465. Además, justo desde este último año y hasta la segunda mitad del Quinientos, comienzan a conservarse libros de cuentas de empresas de Burgos, de Medina del Campo y de Bilbao, los cuales demuestran la introducción de esquemas de organización mercantil bastante racionales y jerarquizados<sup>61</sup>.

Por supuesto, como se habrá deducido por muchas de las cosas explicadas hasta ahora, para compañías como las que acabo de mencionar –que solían estar muy unidas al tráfico lanero y ferial– llevar un sistema contable adecuado era indispensable como auxilio del comercio<sup>62</sup>. Pero también lo era para otros operadores castellanos tal vez de mayor dedicación financiera y que, sobre todo, se movían en el círculo de la realeza. Es el caso de Ochoa Pérez de Salinas, banquero de corte de los Reyes Católicos, de quien se ha conservado un volumen de cuentas de los años 1498-1500<sup>63</sup>. Acerca de dicho volumen, cabe dudar de que corresponda a un modelo de partida doble, lo que nos hablaría o de la imperfección con la que el procedimiento podía usarse ocasionalmente en Castilla todavía muy a fines del Cuatrocientos, o del hecho lógico que el conocimiento de una técnica en un territorio dado no implicaba forzosamente (y de modo inmediato) su difusión completa por el conjunto de la sociedad afectada<sup>64</sup>.

En Barcelona, la documentación contable y comercial abunda ya a partir de las primeras décadas del Trescientos, e incluso antes. Las fuentes que existen en los archivos locales desde entonces y hasta 1500 manifiestan la temprana expansión en Cataluña de muchas de las técnicas mercantiles y bancarias que estaban floreciendo ahora, y para las cuales se seguía de cerca la estela de los progresos italianos aunque adaptándolos a las propias necesidades: es lo que ocurre con la letra de cambio y los seguros, cuyo desarrollo se consolida entre finales del XIV y principios del XV<sup>65</sup>. Pero las citadas fuentes también revelan que los libros de cuentas estaban bastante generalizados dentro de la sociedad ciudadana, al atestigüarse su presencia tanto en el mundo de los intercambios como en el de la producción artesanal y en el de otras profesiones urbanas<sup>66</sup>. Y algo

---

<sup>61</sup> El profesor Casado ha reiterado estas ideas en muchas publicaciones. De todas ellas, escojo sólo tres: H. CASADO ALONSO, *El triunfo de Mercurio. La presencia castellana en Europa (siglos XV y XVI)*, Burgos, 2003, pp. 45-52; ID., “Comercio y nacimiento del estado moderno en Castilla (siglos XV y XVI). Algunas reflexiones a la luz de nuevas corrientes de investigación internacional”, en *El Estado en la Baja Edad Media: nuevas perspectivas metodológicas*, Zaragoza, 1999, pp. 61-69; e ID., “Crecimiento económico y redes de comercio interior en la Castilla septentrional (siglos XV y XVI)”, en *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (siglos XVI-XVIII)*, ed. por J.I. FORTEA PÉREZ, Santander, 1997, pp. 294-309. Para la posibilidad que he comentado de la influencia técnica de los castellanos sobre los ingleses, véase también E. HERNÁNDEZ ESTEVE, *Contribución al estudio de la historiografía contable en España*, Madrid, 1981, p. 163.

<sup>62</sup> B. CAUNEDO DEL POTRO, “Compañías mercantiles castellanas a fines de la Edad Media”, *Medievalismo*, 3 (1993), pp. 49-52.

<sup>63</sup> *Libro Mayor del “Banquero de Corte” de los Reyes Católicos, Ochoa Pérez de Salinas (1498-1500)*, Bilbao, 1980; HERNÁNDEZ ESTEVE, *Contribución ...*, cit., pp. 174-176.

<sup>64</sup> Destaco el tema de la contabilidad por partida doble, y lo seguiré haciendo hasta el final del apartado, porque es un asunto historiográficamente complicado. Primero por un problema de definiciones, al existir opciones más o menos rígidas a la hora de conceptuar lo que es este sistema contable. Por ello, aclaro desde ahora que entiendo por partida doble el método que cumple el principio de dualidad de cada asiento registrado en el debe y en el haber, que usa un juego completo de cuentas personales e impersonales, y que contempla la posibilidad de obtener una síntesis de resultados a través del balance. Y después, complicado también por una cuestión más teórica, ya que durante bastante tiempo se consideró que el uso o no del método, y su mayor o menor perfección, era un indicio de las condiciones de modernidad y de desarrollo capitalista de la sociedad. Aunque más tarde precisaré algo sobre este debate en referencia a la Corona de Aragón, véanse algunas de las pautas bibliográficas y argumentales más tradicionales del mismo en M. CASSANDRO, “La contabilità bancaria (XIII-XIV sec.)”, en *L'impresa. Industria, commercio, banca (secc. XIII-XVIII)*. *Atti della 22ª Settimana di Studi dell'Istituto Internazionale di Storia Economica 'F. Datini'*, a cura di S. CAVACIOCCHI, Florencia, 1991, pp. 197-222.

<sup>65</sup> R. CONDE Y DELGADO DE MOLINA, “Crédito, deuda y banca. Las técnicas financieras en la segunda mitad del Cuatrocientos”, en *La Corona de Aragón y el Mediterráneo ...*, cit., pp. 73-84; A. RIERA I MELIS – G. FELIU I MONTFORT, “Activitats econòmiques”, en *Història de Barcelona*, dir. per J. SOBREQÜÉS I CALLICÓ, vol. III, Barcelona, 1992, pp. 225-250; A.E. SAYOUS, *Els mètodes comercials a la Barcelona medieval*, traducció, edició i estudi introductorí per A. GARCIA I SANZ i G. FELIU I MONTFORT, Barcelona, 1975.

<sup>66</sup> Es imposible reproducir la gran cantidad de estudios que se han dedicado a transcribir y/o analizar libros de cuentas

parecido podría decirse de Valencia, donde los volúmenes de contabilidad mercantil más antiguos exhumados hasta la fecha cubren el período 1367-1510<sup>67</sup>, si bien hay noticias indirectas desde inicios del XIV sobre la posesión de tal tipo de registros por parte de *drapers*, pequeños comerciantes, artesanos y cambistas autóctonos<sup>68</sup>.

La observación conjunta, por superficial que sea, de todos estos documentos contables de la Corona de Aragón refleja la heterogeneidad de modelos al respecto que se elaboraban en sus territorios durante la Baja Edad Media. Heterogeneidad, en primer lugar, porque los diversos libros de cuentas localizados, lejos de tener características y contenidos unitarios, encubren a la postre realidades distintas en las que entran desde los denominados *libros mayores* de una empresa (que reunían juegos completos de cuentas que permitían controlar todo cambio patrimonial) hasta libros auxiliares o preparatorios (que servían de base para la redacción de otros registros)<sup>69</sup>. Y heterogeneidad, en segundo lugar, por los diferentes sistemas de registro que empleaban estos volúmenes: desde los más complejos (los menos) que usaban una partida doble cuya primera muestra en Barcelona data de 1334<sup>70</sup>, hasta los más sencillos (la mayoría) que se limitaban a separar ingresos y gastos o, a veces, ni tan siquiera eso<sup>71</sup>.

El escaso recurso a la partida doble ha sido leído en ocasiones en términos de inmadurez de las estructuras mercantiles aragonesas, sobre todo frente a las italianas, como siempre<sup>72</sup>. Pero esta idea debe matizarse al haberse comprobado hoy al menos tres hechos. Uno, que tampoco todas las compañías italianas utilizaban este mecanismo y que, si lo hacían, llegaban a incurrir en errores que casan mal con la imagen de una presunta e indiscutible perfección técnica por parte de estos mercaderes. Dos, que formas en principio más simples de contabilidad también posibilitaban altos niveles de control de los datos comerciales. Y tres, quizá el más importante, que cada operador

---

catalanes. A título de orientación, y entre otras referencias que añadiré en notas posteriores, reseño sólo los ejemplos de un mercader (D. DURAN I DUELT, *Manual del viatge fet per Berenguer Benet a Romania, 1341-1342. Estudi i edició*, Barcelona, 2002), una banca (R. CONDE Y DELGADO DE MOLINA, "Le attività e le operazioni della banca trecentista di Pere Descaus e Andreu d'Olivella", **Medioevo. Saggi e rassegne**, 15 (1990), pp. 109-182), un tendero (C. VELA I AULESA, *L'obrador d'un apotecari medieval segons el llibre de comptes de Francesc ses Canes (Barcelona, 1378-1381)*, Barcelona, 2003), un artesano (J. CÁCERES NEVOT, "El llibre de comptes de Guillem Fagaló, paraire. Un testimoni de la comptabilitat dels menestrals barcelonins en el segle XIV", en *XVII Congrès d'Història de la Corona d'Aragó. Actes*, coord. per S. CLARAMUNT, vol. I, Barcelona, 2003, pp. 291-299), un patrón de nave (I.J. BAIGES JARDÍ, "Llibre de comptes de Tomàs Prats, patró d'un uixer a la batalla de Porto Conte (agost de 1353)", en *XIV Congresso di Storia della Corona d'Aragona*, vol. II, tomo I, Sassari, 1995, pp. 49-68), un caballero (C. CUADRADA, "A la Mediterrània medieval: relacions financeres i comercials Barcelona-València (s. XV) segons un llibre de comptes", en *Congrès Internacional 'Lluís de Santàngel i el seu temps'*, Valencia, 1992, pp. 299-319), y un notario (M<sup>a</sup>.T. FERRER I MALLOL, "El llibre de comptes d'un notari barceloní del segle XV. Nicolau de Mediona", **Estudis Castellonencs**, 6, tomo 1 (1994-1995), pp. 535-549).

<sup>67</sup> CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., pp. 220-226. Se trata de cinco libros de cuatro operadores locales y un flamenco. Aparte, también en el ámbito valenciano (y para el siglo XV) se conocen otros registros de cuentas elaborados por agentes italianos que actuaban en el entorno de la monarquía aragonesa (G. NAVARRO ESPINACH – D. IGUAL LUIS, *La Tesorería General y los banqueros de Alfonso V el Magnánimo*, Castellón, 2002) o de destacadas familias nobiliarias y eclesiásticas valencianas (J.M<sup>a</sup>. CRUSELLES GÓMEZ – D. IGUAL LUIS, *El duc Joan de Borja a Gandía. Els comptes de la banca Spannochí (1488-1496)*, Gandía, 2003).

<sup>68</sup> J.V. GARCÍA MARSILLA, *Vivir a crédito en la Valencia medieval. De los orígenes del sistema censal al endeudamiento del municipio*, Valencia, 2002, pp. 73-76 y 105-106; MAYORDOMO GARCÍA-CHICOTE, *La taula de canvis ...*, cit., pp. 43-45 y 55-56.

<sup>69</sup> Una muestra de escrito preparatorio sería la de DURAN I DUELT, *Manual del viatge ...*, cit. Mientras, como libros mayores, se pueden citar los del mercader catalán Joan de Torralba entre 1437-1457 (M. DEL TREPPO, *Els mercaders catalans i l'expansió de la corona catalano-aragonesa al segle XV*, Barcelona, 1976, pp. 476-477).

<sup>70</sup> Se trata de un libro de cuentas de 1334-1342 de la compañía barcelonesa de Pere de Mitjavila, Arnau Espaser y Bernat de Puigmoradell (J.M<sup>a</sup>. MADURELL MARIMÓN, "Contabilidad de una compañía mercantil trescentista barcelonesa (1334-1342)", **Anuario de Historia del Derecho Español**, XXXV (1965), pp. 421-525, y XXXVI (1966), pp. 457-546; DEL TREPPO, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 481-485). Pero, insistiendo en la complicación del tema de la que ya hablé *supra* en la nota 63, algún autor ha negado que dicho libro parezca corresponder a una contabilidad por partida doble (HERNÁNDEZ ESTEVE, *Contribución ...*, cit., pp. 164-165).

<sup>71</sup> Ejemplos de esa mayor sencillez constan en VELA I AULESA, *L'obrador d'un apotecari ...*, cit., y en CÁCERES NEVOT, "El llibre de comptes ...", cit. Pero la misma es sólo técnica y no implica necesariamente que, para un historiador contemporáneo, los documentos contruidos de manera más simple sean más fáciles de comprender.

<sup>72</sup> DEL TREPPO, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 484-485.

empleaba el sistema contable que mejor se adaptaba a sus negocios<sup>73</sup>. Desde tal perspectiva, y sin negar el esfuerzo de creatividad y las ventajas que podía introducir la partida doble, cabe afirmar que, aunque en Barcelona y en Valencia se conociera dicho método, éste no era aprovechado de modo habitual por sus mercaderes por resultar superfluo, ya que –entre otras cosas– las compañías de ambas ciudades solían tener una envergadura reducida y no se parecían en nada a las grandes concentraciones de capital de las mayores empresas italianas, que sí podían precisar de contabilidades más sofisticadas<sup>74</sup>.

Si algo apuntan estos últimos argumentos es que, a la hora de comparar sociedades y organizaciones mercantiles, no se debe exagerar la trascendencia de una sola técnica, ni tampoco hay que centrar la discusión únicamente en torno a la búsqueda de los primeros ejemplos de las prácticas consideradas más modernas. Una búsqueda que, con frecuencia, llega a tener mucho de arbitraria<sup>75</sup>. Al final, todo ello incide en lo difícil que es encontrar un acuerdo pleno acerca de cómo interpretar las variables incumbentes al progreso, el avance o la modernidad técnica, y de la insatisfacción que puede suponer el analizar la transferencia de modelos tecnológicos y la capacidad de ciertas áreas para incorporar métodos de otras zonas<sup>76</sup>. Y es que, al menos en la Península Ibérica, no hay que descuidar que las evidentes referencias e influencias italianas que ha venido resaltando la historiografía (y que yo mismo he recogido aquí) se enfrentan pese a todo, unas veces, con la constatación paralela de procesos múltiples de penetración técnica y, otras, con el problema de hallar vías certeras de transmisión<sup>77</sup>.

#### 4. Las bibliotecas y la religiosidad de los mercaderes

Es momento de entrar ya en el tercer capítulo del trabajo, relativo a los libros que poseían los mercaderes en sus bibliotecas. Desde luego, este apartado se integraría en el ámbito más general de lo que fue una de las novedades culturales de la Baja Edad Media: la formación de un público de lectores *populares* compuesto por los nuevos alfabetizados semicultos. Entre ellos estaban unos comerciantes para quienes los libros se convirtieron en elemento casi inevitable del mobiliario doméstico, como síntoma de hasta qué punto el grupo (o una parte de él) hizo de la cultura literaria un signo de identidad social<sup>78</sup>. En esa línea demostrativa irían diversos estudios sobre el tema realizados sobre las cuatro grandes capitales ibéricas de la Corona de Aragón (Barcelona, Mallorca, Valencia y Zaragoza), de los cuales algunos se centran en exclusiva sobre el mundo mercantil, mientras otros abarcan un mayor espectro social. En cualquier caso, en torno a dichos estudios (que cubren una larga cronología que va de mediados del siglo XIII a finales del XVI) focalizaré mi atención desde estos instantes.

Con las lógicas diferencias de contenido y de periodización, tales investigaciones parten de una metodología común basada, por un lado, en la recopilación serial de fuentes notariales y, por el otro, en la hipótesis de que el examen de las citadas bibliotecas es uno de los mejores observatorios para reconstruir la formación intelectual de una sociedad determinada<sup>79</sup>. Pero esa pretendida reconstrucción plantea algunos problemas importantes. Unos derivan de la propia parcialidad y del relativismo de la documentación recogida, normalmente inventarios *post mortem* y subastas

<sup>73</sup> TANGHERONI, *Commercio e navigazione ...*, cit., p. 302; CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., pp. 228-231; ID., “El llibre dels Spannochi i la comptabilitat mercantil a la fi de l’Edat Mitjana”, en CRUSELLES GÓMEZ – IGUAL LUIS, *El duc Joan de Borja ...*, cit., p. 60.

<sup>74</sup> CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., pp. 232-233; RIERA I MELIS – FELIU I MONTFORT, “Activitats econòmiques”, cit., pp. 238-240. Entre los libros contables conservados en Valencia (véase *supra* la nota 66), también se aprecian durante el Cuatrocientos aplicaciones puntuales de la partida doble.

<sup>75</sup> J. HEERS, *Occidente durante los siglos XIV y XV. Aspectos económicos y sociales*, Barcelona, 1968, p. 140; DAY, “Mercanti e banchieri ...”, cit., p. 222.

<sup>76</sup> IRADIEL MURUGARREN, “Metrópolis ...”, cit., p. 307; S.R. EPSTEIN, “Nuovi sviluppi nella storia economica”, en *Medievalisme: novel perspectives’ ...*, cit., p. 42.

<sup>77</sup> CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., pp. 169-170; CAUNEDO DEL POTRO, “De Arismetica ...”, cit., p. 37.

<sup>78</sup> CASTILLO GÓMEZ, “Entre la necesidad ...”, cit., p. 225; CRUSELLES GÓMEZ, *Escuela y sociedad ...*, cit., pp. 150-151; R. CHARTIER, “Lectures, lecteurs et littératures ‘populaires’ en Europe à la Renaissance”, en *Escribir y leer ...*, cit., pp. 145-162; J.E. RUIZ-DOMÈNEC, *El Mediterráneo. Historia y cultura*, Barcelona, 2004, p. 235.

<sup>79</sup> Como se afirma en AURELL – RUBIÉS, “Els mercaders catalans ...”, cit., p. 243.

de bienes. Otras dificultades son más de fondo y afectan, en especial, al hecho de que un libro poseído no siempre es un libro leído, asimilado y adquirido con un interés personal. Del mismo modo, la no tenencia de libros no supone necesariamente la falta de una actividad de lectura, ante la existencia probada de fenómenos de circulación o préstamo de volúmenes. Además, no hay que olvidar la distinta valoración que un libro podía tener no sólo como producto cultural, sino también como objeto material y ostentoso que se almacenaba por razones de prestigio social o de mera acumulación patrimonial<sup>80</sup>.

Todo ello provoca que, muchas veces, las bibliotecas sean más reveladoras de determinadas tendencias globales de la cultura en un momento y un lugar dados, o incluso de verdaderas redes comerciales, que de los gustos, aficiones o capacidades intelectuales de sus dueños<sup>81</sup>. No obstante, salvadas estas cuestiones, lo cierto es que de los estudios sobre este asunto a los que vengo aludiendo se pueden extraer algunas conclusiones de interés.

Si comenzamos limitándonos al caso catalán, aquí se ha señalado una evolución por la que parece que los comerciantes del XIII, sobre todo los más modestos, atesoraban pocos libros. Pero con el paso de las centurias siguientes se amplió el abanico de lecturas. Los motivos de este incremento serían muy variados, y entre ellos se han destacado particularmente el progresivo aumento de la calidad del lujo ciudadano, la extensión de la cultura, la adquisición por parte de algunos negociadores de modos de vida cada vez más sedentarios y aristocratizados, y el crecimiento del mercado librario, mucho más tras la difusión de la imprenta desde finales del Cuatrocientos. Un fenómeno, éste último, de múltiples implicaciones económicas y culturales y al que no fueron ajenos los mismos mercaderes, quienes se involucraron en él actuando en ocasiones como auténticos promotores en compañía de libreros e impresores<sup>82</sup>.

Sea como fuere, con independencia de la explicación final de dicha evolución, la realidad es que sólo en pleno siglo XV se atestigua entre los mercaderes catalanes (fundamentalmente, cómo no, entre los de Barcelona) la existencia de bibliotecas de relieve. Pero esto es así teniendo en cuenta, primero, que pese a todo dichos mercaderes estaban, como grupo, por detrás de las series de libros que guardaban nobles, eclesiásticos u otros profesionales urbanos como juristas, notarios y médicos<sup>83</sup>. Y, segundo, que el marco general en el que se integraban las bibliotecas mayores de los comerciantes es el de una distribución de libros muy irregular. Jaume Aurell ha calculado, a través del examen estadístico de 34 bibliotecas de operadores barceloneses entre 1390-1472, que la media de volúmenes de todas ellas era de unos 12 libros. Sin embargo, esta cifra oculta las enormes diferencias que se producían, por ejemplo, entre los personajes que sólo disponían de un ejemplar y los que poseían acumulaciones considerables de entre 20 y 60 libros por cabeza<sup>84</sup>. Sin duda, el contraste de la riqueza entre las distintas bibliotecas es sintomático, entre otras cosas, de la variedad del nivel económico de sus propietarios, pero también de la definición de una franja

---

<sup>80</sup> Los problemas reseñados están expuestos mejor en AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 28-29 y 146-151; ID., "El universo mercantil bajomedieval: Una propuesta metodológica a través de la documentación notarial", en *Sociedad, culturas e ideologías ...*, cit., p. 42; M<sup>a</sup>.L. MANDINGORRA LLAVATA, "El libro y la lectura en Valencia (1300-1410). Notas para su estudio", *Anuario de Estudios Medievales*, 21 (1991), p. 553; ID., "La cultura escrita ...", cit., p. 206; M.J. PEDRAZA GRACIA, *Lectores y lecturas en Zaragoza (1501-1521)*, Zaragoza, 1998, p. 11; y J. TRENCHS ODENA, "Libri, lecture, insegnamento e biblioteche nella Corona d'Aragona (secoli XIII-XV)", en *XIV Congresso di Storia della Corona d'Aragona*, vol. I, Sassari, 1993, pp. 223-224.

<sup>81</sup> RUCQUOI, "Historia cultural ...", cit., p. 135. La mención a las redes mercantiles no debe extrañar por cuanto, como es obvio, los libros también eran productos comercializables y que podían ser objeto de negocio por parte de algunas empresas. Véanse ejemplos al respecto en D. IGUAL LUIS, *Valencia e Italia en el siglo XV. Rutas, mercados y hombres de negocios en el espacio económico del Mediterráneo occidental*, Castellón, 1998, p. 202.

<sup>82</sup> AURELL – RUBIÉS, "Els mercaders catalans ...", cit., pp. 243-244; A. PUIGARNAU, "Cultura mercantil y devoción mística en la Barcelona del Quinientos", en *El Mediterráneo medieval y renacentista ...*, cit., pp. 108-114. La participación de grupos mercantiles en la promoción del arte de la imprenta también se dio en Valencia a partir de las postrimerías del siglo XV (PH. BERGER, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*, 2 vols., Valencia, 1987; IGUAL LUIS, *Valencia e Italia ...*, cit., pp. 364-365).

<sup>83</sup> AURELL – RUBIÉS, "Els mercaders catalans ...", cit., pp. 244-245; PEÑA, *Cataluña en el Renacimiento ...*, cit., pp. 162-170.

<sup>84</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 155-160. Y todo ello sin olvidar a los individuos que no tenían biblioteca, que suman cifras cercanas o superiores al 40 % según los sondeos hechos sobre los inventarios *post mortem* de los mercaderes catalanes (*ibidem*, p. 156; ID. – RUBIÉS, "Els mercaders catalans ...", cit., p. 246).

elevada de mercaderes en vías de ennoblecimiento (o ya aristocratizada) que buscaba en la consecución de una importante cultura literaria un elemento más para manifestar su ascenso en la escala social<sup>85</sup>.

Si continuamos hablando de los tamaños de las bibliotecas, los guarismos catalanes no son los únicos con los que contamos. En la Mallorca del último cuarto del Cuatrocientos, y según el análisis de Jocelyn N. Hillgarth (que aborda globalmente el período 1258-1550), la media de libros registrados por inventario de mercader alcanzó de nuevo el número de 12, algo significativo si observamos que ni antes ni después de esa fecha superó la decena. En la Zaragoza de 1501-1521, Manuel José Pedraza ha computado entre las profesiones relacionadas con el comercio un índice de entre 7 y 8 libros por persona. Y para finalizar con esto, en Valencia, dentro de un contexto bajomedieval caracterizado por la heterogeneidad y la dispersión tanto en la magnitud como en la composición de las bibliotecas mercantiles, Philippe Berger ha estimado para la fase 1474-1502 que la mayoría de comerciantes censados con libros tenía de uno a seis ejemplares, aunque en un caso excepcional la biblioteca correspondiente llegó a reunir 34 obras. De todos modos, siguiendo con las investigaciones de Berger (que abarcan hasta 1560), sólo a partir de 1500 las bibliotecas de los mercaderes valencianos tendieron a crecer de manera sensible, aunque el número de sus poseedores fue siempre inferior al 50 % del total del grupo y, también, aunque los libros atesorados por aquellos sumaron menos que los que tenían simultáneamente médicos, juristas, nobles o eclesiásticos<sup>86</sup>.

Ahora bien: más allá de la posible trascendencia de estas cantidades, lo interesante es examinar el aspecto cualitativo de las colecciones librarias documentadas para contemplar los temas que se recogían en ellas. En este asunto resulta algo difícil poder sintetizar a nivel general la situación de la Corona de Aragón, ante las diferentes clasificaciones de dichos temas que se aprecian entre los historiadores<sup>87</sup>. No obstante, quizá la mayoría de libros catalogados como pertenecientes a mercaderes se podría englobar bien en cuatro grandes categorías: libros de materia religiosa, clásicos antiguos, libros de carácter técnico y obras más propiamente literarias<sup>88</sup>. Y dentro de estas categorías destacan dos datos que, en principio, sí parecen bastante comunes a las capitales aragonesas que estoy considerando en este apartado.

El primero atañe a la posesión de volúmenes técnicos, donde entrarían libros jurídicos o científicos y, también, textos y documentos vinculados al ejercicio de la tarea mercantil como cartas de navegar, algún manual de mercadería y libros de aritmética. Estos últimos escritos surgen de forma relativamente esporádica y escasa en el hogar de los comerciantes<sup>89</sup>, debido con mucha

---

<sup>85</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 147, 149-150 y 191; BATLLE, “Las bibliotecas de los ciudadanos ...”, cit., p. 22. Pero el caso de mercaderes enriquecidos cuyos usos libresco imitaron las prácticas extendidas entre la nobleza no fue exclusivo de Cataluña (CASTILLO GÓMEZ, “Entre la necesidad ...”, cit., p. 225).

<sup>86</sup> J.N. HILLGARTH, *Readers and books in Majorca, 1229-1550*, vol. I, París, 1991, pp. 64-77; PEDRAZA GRACIA, *Lectores y lecturas ...*, cit., pp. 23-24; BERGER, *Libro y lectura ...*, cit., vol. I, pp. 368-369; ID., “La lecture à Valence de 1474 à 1560 (Évolution des comportements en fonction des milieux sociaux)”, en *Livre et lecture en Espagne ...*, cit., pp. 105-106; ID., “La cultura de los mercaderes valencianos en el Renacimiento”, en *Congrés Internacional ‘Lluís de Santàngel ...*, cit., pp. 377-378. Sobre el contexto bajomedieval de las bibliotecas mercantiles valencianas, véase MANDINGORRA LLAVATA, “El libro y la lectura ...”, cit., p. 561, e ID., “La cultura escrita ...”, cit., p. 205. Para interpretar las cifras de libros que reseño de cada una de las capitales ibéricas de la Corona de Aragón y, sobre todo, para ser prudentes a la hora de extraer conclusiones comparativas, hay que tener en cuenta la posibilidad de que los distintos autores mencionados difieran en cuanto a las categorías sociales que incluyen bajo la etiqueta de la profesión comercial, según se consideren conjuntamente o no aquellos personajes a quienes las fuentes califican como mercaderes, tenderos, especieros o libreros, por ejemplo.

<sup>87</sup> No es cuestión de detallar aquí esas clasificaciones. Baste con anotar como ilustración que Hillgarth (*Readers and books ...*, cit., pp. 64-77) articula su trabajo en torno a una distribución en 15 temas; Aurell (*Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 152-160) lo hace con 14 temas dentro de una separación marcada entre lecturas profanas y lecturas religiosas; y Pedraza Gracia (*Lectores y lecturas ...*, cit., pp. 37-183) divide los libros que localiza en 9 grandes capítulos con secciones internas. En los casos de Hillgarth y Pedraza, conviene aclarar que el número de temas que señalo no se refiere sólo a las bibliotecas de los mercaderes, ya que ambos autores usan las clasificaciones indicadas para analizar el conjunto de las sociedades mallorquina y zaragozana, respectivamente.

<sup>88</sup> Estas son las categorías que, desde la experiencia catalana, se mencionan en AURELL – RUBIÉS, “Els mercaders catalans ...”, cit., pp. 245-246.

<sup>89</sup> Muestras puntuales de cartas de navegar constan en Barcelona para el XIV (HERNANDO, *Llibres i lectors ...*, cit., vol. I, pp. 128-130, y II, pp. 430 y 632-640) y el XV (BATLLE, “Las bibliotecas de los ciudadanos ...”, cit., p. 25), y en la Mal-



probabilidad a la condición eminentemente práctica que ya vimos de su carrera formativa y a una orientación de su trabajo más dirigida a la acción que a la intelección<sup>90</sup>. Pero no habría que descartar que la escasez en la mención de tal tipo de libros profesionales viniera motivada en paralelo por un problema heurístico, si pudiera aplicarse a la Península Ibérica la hipótesis que enunció en su día Christian Bec para la Florencia medieval en el sentido de que, por ejemplo, los manuales de mercadería solían escapar a los inventarios de las bibliotecas porque quedaban inscritos “*dans la masse des libri e scritture*”<sup>91</sup>.

El segundo dato que habría que resaltar incumbe a la extraordinaria proliferación de libros religiosos que se testimonian en las casas de los individuos con biblioteca. Dichos libros solían ser siempre los más abundantes y versaban sobre temas devocionales, bíblicos, doctrinales o de educación de la espiritualidad del comerciante<sup>92</sup>. Particularmente en Cataluña se ha apreciado, en la evolución que va de finales del siglo XIV a finales del XV, un notable aumento del interés de los mercaderes por los libros profanos, pero ni tan siquiera así se discute la realidad de una literatura religiosa que, en cantidad y en calidad, dominaba el horizonte de los textos almacenados por los operadores catalanes<sup>93</sup>. Éstos quedaron dibujados, de tal manera, como personajes muy cristianos e imbuidos por la moralidad más tradicional. En ella tuvieron cabida desde las postrimerías del Cuatrocientos los principios de la *Devotio Moderna*<sup>94</sup>, pero, pese a todo, la consecuencia del conjunto de estas variables sería la de un conservadurismo ideológico y mental de los mismos negociadores catalanes de la Baja Edad Media, que se ha querido ver contradictorio con los menores escrúpulos religiosos y con la mayor osadía que se ha atribuido a veces a los omnipresentes mercaderes italianos de la época<sup>95</sup>.

En cualquier caso, el cristianismo que trasluce la mayoría de los libros de los comerciantes se ve corroborado, en la Corona de Aragón como en otras partes, a través de elementos complementarios como las expresiones rituales y las donaciones incluidas en sus testamentos o, también, como las imágenes con las que decoraban sus viviendas<sup>96</sup>. Con todo ello, es evidente que estamos penetrando en una dimensión distinta de la cultura mercantil hispánica. Si los apartados sobre el aprendizaje y la competencia técnica habían servido para recalcar la vertiente más profesional de esa cultura, con las últimas cuestiones que vengo señalando es su componente religioso lo que merece subrayarse. Y es que, como ya afirmaba hacia 1385 el compilador del *Libre de conexenses de spícies e de drogues* que he citado antes, una de las cualidades del buen

---

lorca de los siglos XIII-XVI (HILLGARTH, *Readers and books ...*, cit., pp. 186-187). Un manual de mercadería titulado *Doctrina de art de mercaderia* se cita en 1400 en la biblioteca de un agente barcelonés (HERNANDO, *ibidem*, vol. II, pp. 653-655). Mientras, libros de aritmética aparecen en Zaragoza en 1519 entre los volúmenes de un criado que tal vez fuera contable (PEDRAZA GRACIA, *Lectores y lecturas ...*, cit., pp. 138 y 195), y también en Mallorca aunque en manos de clérigos, juristas y notarios (HILLGARTH, *ibidem*, p. 189).

<sup>90</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 153, 163 y 179; ID. – RUBIÉS, “Els mercaders catalans ...”, cit., pp. 246-248.

<sup>91</sup> BEC, *Les marchands écrivains ...*, cit., p. 408.

<sup>92</sup> Compruébense estas afirmaciones, con sus adecuados matices cronológicos, para Barcelona en AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 153, 163-167 y 180-189; ID. – RUBIÉS, “Els mercaders catalans ...”, cit., pp. 246-247; y CARRÈRE, “La vie privée ...”, cit., pp. 283-291. Para Mallorca, en HILLGARTH, *Readers and books ...*, cit., pp. 64-77. Y para Valencia, en BERGER, “La cultura de los mercaderes ...”, cit., pp. 378-379.

<sup>93</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 189 y 394-396.

<sup>94</sup> PUIGARNAU, “Cultura mercantil ...”, cit., pp. 114-130.

<sup>95</sup> AURELL – RUBIÉS, “Els mercaders catalans ...”, cit., pp. 249-251; DEL TREPPO, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 485-487. También en la Valencia del XV se ha hablado del carácter conservador que manifestaban bibliotecas privadas como las de los mercaderes (MANDINGORRA LLAVATA, “La cultura escrita ...”, cit., p. 206), así como del presunto mayor peso de lo religioso (y del pensamiento eclesiástico en asuntos económicos) dentro del ambiente comercial local frente a lo que ocurría en Italia (CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., p. 116). No obstante, como parece apuntarse en esta última referencia, quizá cualquier comparación con el caso italiano exigiría una mayor reflexión, porque es innegable que los propios mercaderes italianos tuvieron sentimientos cristianos que se expresaban de manera muy abierta. Al respecto, véase también SAPORI, *Il mercante italiano ...*, cit., pp. 19-26, y TANGHERONI, *Commercio e navigazione ...*, cit., pp. 331-332.

<sup>96</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 193-251; ID. – PUIGARNAU, *La cultura del mercader ...*, cit., pp. 195-330; ID. – ID., “Iconografía a les llars mercantils del segle XV. Mentalitat, estètica i religiositat dels mercaders a Barcelona”, *Anuario de Estudios Medievales*, 25/1 (1995), pp. 295-331; J.V. GARCÍA MARSILLA, “Imatges a la llar. Cultura material i cultura visual a la València dels segles XIV i XV”, *Recerques*, 43 (2001), pp. 163-194.

mercader era “*aver conexença de Déu*”, de modo que, se encuentre donde se encuentre, debe “*amar, he honrar, he servir lo salvador nostre Jhesu Xrist*”<sup>97</sup>.

Al respecto, no me considero competente para decidir si las creencias piadosas del mercader y su forma de manifestarlas constituían una espiritualidad específica<sup>98</sup> o si, por el contrario, reproducían sin más comportamientos globales que estaban en boga en la Península Ibérica y, por extensión, en Europa. Pero, de lo que no cabe duda, es de que la implantación de la religión en la vida de los comerciantes nos introduce en argumentos que han generado largos debates en la historiografía continental, los cuales han girado normalmente alrededor de la aparente dicotomía o contradicción que se produciría entre las necesidades materiales de la propia carrera mercantil y el discurso oficial de una Iglesia cristiana que, como es sabido, recelaba desde antiguo de la licitud de muchos de los negocios comerciales y financieros.

No me alargaré exponiendo al detalle las pautas de esos debates, que son muy conocidas<sup>99</sup>. Pero, en línea con lo que Alberto Tenenti indicó hace algún tiempo para los mercaderes europeos de los siglos XV-XVI, sí quisiera comentar que las discusiones sobre la problemática parecen haber conducido en ocasiones a determinados equívocos al haber confundido la religión o la moral con los dictados de la Iglesia, y al no haber medido siempre el alcance real que lograron las posiciones eclesiásticas en el proceder económico cotidiano de los operadores. Así, se ha llegado a presentar al mercader de las centurias de transición entre el Medievo y la Modernidad (e incluso al de períodos anteriores) como un tipo humano de personalidad disociada, que vivía radicalmente dividido entre el gusto de arriesgarse en los negocios y la angustia de ser castigado en el más allá después de su muerte. Y esto se ha hecho olvidando que sus preocupaciones religiosas eran similares a las de la mayoría de los fieles, cada uno en su terreno particular, y que el comerciante obedecía las órdenes de la Iglesia pero tratando de conciliarlas con los rasgos de su propia actividad, con lo que el compromiso entre ambas exigencias solía resolverse, al final, más en beneficio de los negocios que en su perjuicio<sup>100</sup>.

Volviendo al ejemplo de la Corona de Aragón, algo de todos estos matices se ha observado aquí cuando, en referencia a la Barcelona del Cuatrocientos, se ha comprobado entre los mercaderes el ejercicio de una religiosidad pragmática que tenía múltiples aplicaciones sobre la moral comercial, aunque era capaz de convivir simultáneamente con manifestaciones mercantiles que rozaban la heterodoxia y con una tradición eclesiástica no siempre bien receptiva. O cuando, para la Valencia del mismo siglo, se ha afirmado que sería lógico que las iniciativas eclesiásticas fueran retardatarias de los avances anejos a la economía mercantil, aunque también desvirtuaría la realidad creer que la sociedad local amoldaba sus intereses sólo al ritmo marcado por los pensadores y los predicadores de la Iglesia<sup>101</sup>.

De este modo, sería plausible pensar que, en las dos ciudades que acabo de citar del Mediterráneo ibérico (como en otros espacios), surgió una percepción ideológica y de estrategias que intentaba conjugar desarrollo económico y valores cristianos. Y, quizá, dicha percepción estaría bien representada en la relativa frecuencia con la que los libros del franciscano Francesc Eiximenis comparecen en las bibliotecas de los operadores barceloneses y valencianos del mismo siglo XV<sup>102</sup>.

---

<sup>97</sup> GUAL CAMARENA, *El primer manual ...*, cit., p. 60.

<sup>98</sup> Es lo que se anota, por ejemplo, en AURELL, “Conclusions”, cit., p. 269, como comentario a PUIGARNAU, “Cultura mercantil ...”, cit., pp. 103-139.

<sup>99</sup> Sin ánimo exhaustivo, y como orientación sobre este asunto, véanse los clásicos trabajos de LE GOFF, *Marchands et banquiers ...*, cit., pp. 70-98, e ID., *La bolsa y la vida. Economía y religión en la Edad Media*, Barcelona, 1987. Más actuales son los libros de G. TODESCHINI, *I mercanti e il tempio. La società cristiana e il circolo virtuoso della ricchezza fra Medioevo ed Età Moderna*, Bolonia, 2002, y de D. WOOD, *El pensamiento económico medieval*, Barcelona, 2003. Desde la historiografía española (medievalista o modernista) se han aportado a los debates algunas contribuciones generales (PUCHADES I BATALLER, *Als ulls de Déu ...*, cit., pp. 87-128; A. DEL VIGO GUTIÉRREZ, *Cambistas, mercaderes y banqueros en el siglo de oro español*, Madrid, 1997), o más centradas sobre el problema particular de la usura, verdadero eje de muchas discusiones (B. CLAVERO, *Usura. Del uso económico de la religión en la historia*, Madrid, 1985; J. HERNANDO, “De la usura al interés. Crédito y ética en la Baja Edad Media”, en *Sociedad, culturas e ideologías ...*, cit., pp. 55-74).

<sup>100</sup> TENENTI, “El comerciante ...”, cit., pp. 203-207.

<sup>101</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 208 y 251; ID. – PUIGARNAU, *La cultura del mercader ...*, cit., p. 62; CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., p. 118.

<sup>102</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 185-186; ID. – RUBIÉS, “Els mercaders catalans ...”, cit., pp. 243, 247 y

A Eiximenis se le puede calificar como uno de los intelectuales de la Corona de Aragón que mejor se adaptó a la realidad de su tiempo (finales del Trecentos), y que más tolerante fue con respecto a las prácticas comerciales. Pero no dejaba de ser un moralista que, entre otras cosas, aconsejaba que el mercader fuera caritativo y hospitalario y que debía huir de la codicia como pecado más característico<sup>103</sup>. Se demostraría así, desde la acción teórica de este religioso, hasta qué punto era imposible separar de manera tajante en la trayectoria de nuestros mercaderes el *homo oeconomicus* del *homo religiosus*<sup>104</sup>.

##### 5. A modo de conclusión: hacia una valoración del papel cultural de los mercaderes

Muchos de los argumentos utilizados hasta aquí podrían servir para demostrar microanalíticamente cómo, a fines de la Edad Media, en la figura del mercader confluían el punto de llegada de todo un desarrollo previo y el punto de partida de rasgos que sólo se reforzarán en siglos posteriores. Pero también insistirían en la progresiva toma de conciencia por parte de los comerciantes de las características de su función dentro de la sociedad. Con todo ello, es cierto que hay que huir de las apologías interpretativas que, de forma simplificada, convierten al gran mercader medieval en fundador casi exclusivo de la Europa moderna. Pero esto no implica tener que caer en visiones demasiado reduccionistas que, por el contrario, puedan conducir a minusvalorar el significado de lo mercantil en la Europa de los siglos XIV-XV<sup>105</sup>.

Evidentemente, e insistiendo en algo que he anotado al principio, el enfoque que he ofrecido de la cultura mercantil hispánica es fragmentario y nada concluyente. Además, recuerdo otras dos cosas: la primera, que en tal enfoque he privilegiado las observaciones sobre la Corona de Aragón, lo que obliga a ser cuidadoso a la hora de pensar que, de dichas observaciones, se pueden sacar sin más nociones aplicables a otros territorios peninsulares, como el castellano; y la segunda, que nunca hay que olvidar la diversidad interna del mundo mercantil y el hecho de que muchas de las ideas que he venido señalando hasta el momento serían válidas sobre todo para los sectores medio-altos de los negocios.

Pese a estos matices, del recorrido propuesto cabría deducir que, en la Baja Edad Media, los mercaderes hispánicos se incorporaron a determinados niveles de expresión cultural. Y ello, aunque fuera manteniendo en los citados niveles un papel secundario frente a otros grupos sociales y, también, una escasa peculiaridad. En una primera aproximación, pocas de las manifestaciones apreciadas a lo largo del trabajo pueden considerarse exclusivas de los comerciantes. Desde luego no lo es el tener algún tipo de vivencia religiosa (con independencia de las cualidades particulares que le atribuyamos), como tampoco lo son el acceso a sistemas de aprendizaje, el uso de la escritura, la posesión de bibliotecas o ni tan siquiera el empleo de métodos contables. Por tales motivos, no faltan los autores que definen las muestras culturales verificadas en el ámbito mercantil como una auténtica *subcultura* que, cuando existió, permaneció siempre más subordinada que antagonista a los valores establecidos<sup>106</sup>.

De todas formas, profundizando un poco más, es innegable la misión que desempeñaron los mercaderes como promotores de algunas realidades en este terreno, o como colaboradores necesarios de su consolidación. En una perspectiva europea, y tomando de nuevo a Italia como eje de referencia, tal función destacada se ha remarcado en relación a cinco elementos como

---

250-251; PUIGARNAU, "Cultura mercantil ...", cit., pp. 121-123; BERGER, "La cultura de los mercaderes ...", cit., p. 379.

<sup>103</sup> Sobre Eiximenis, las valoraciones que juzgaban su obra como típica de una avanzada mentalidad precapitalista (J.A. MARAVALL, "Franciscanismo, burguesía y mentalidad pre-capitalista: la obra de Eiximenis", en *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, tomo II, vol. 1º, Valencia, 1969, pp. 285-306) han dejado paso a interpretaciones más equilibradas. Así se aprecia en las referencias mencionadas en la nota anterior y, también, en CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., pp. 117-119, y en PUCHADES I BATALLER, *Als ulls de Déu ...*, cit., pp. 128-143. De todas formas, los escritos del franciscano siguen siendo una fuente casi inagotable de reflexiones, como se comprueba recientemente en P. EVANGELISTI, "Credere nel mercato, credere nella 'res publica'. La comunità catalano-aragonesa nelle proposte e nell'azione politica di un esponente del francescanesimo mediterraneo: Francesc Eiximenis", *Anuario de Estudios Medievales*, 33/1 (2003), pp. 69-117.

<sup>104</sup> Al reproducir ambas expresiones en cursiva, parafraseo a J. LE GOFF, "Usurai e Purgatorio", en R.S. LOPEZ *et alii*, *L'alba della banca. Le origini del sistema bancario tra Medioevo ed Età Moderna*, Bari, 1982, p. 35.

<sup>105</sup> TENENTI, "El comerciante ...", cit., p. 203; TANGHERONI, *Commercio e navigazione ...*, cit., pp. 315 y 323.

<sup>106</sup> IRADIEL MURUGARREN, "La crisis medieval", cit., p. 266.

mínimo<sup>107</sup>: 1) la fijación de conocimientos técnicos muy concretos, que tuvieron una utilidad general en los campos de la cartografía, la geografía, la astronomía, las matemáticas o la contabilidad, por ejemplo; 2) la percepción del tiempo, algo de lo que no he hablado, pero que no se debe omitir tras las diferencias apreciadas entre el *tiempo de la Iglesia* y un *tiempo del mercader* más adaptado –material y conceptualmente– al ritmo y las necesidades de las operaciones comerciales<sup>108</sup>; 3) las corrientes intelectuales del humanismo y los procesos coetáneos de laicización y popularización cultural y de expansión de las lenguas vulgares; 4) la implantación de una racionalidad de tipo capitalista que pudo influir en otras esferas de la sociedad, como la monarquía o la nobleza, hasta el extremo de provocar en ellas lo que se ha denominado a veces una *“imitatio artis mercantilis”*<sup>109</sup>; y 5) en clara relación con lo anterior, el progresivo afianzamiento de la burguesía, asociada a una ideología o mentalidad propia caracterizada en principio por la búsqueda del provecho indefinido y la acumulación de beneficios, por el individualismo y por la contraposición con el mundo nobiliario<sup>110</sup>.

Dentro de los reinos hispánicos se han estudiado situaciones que apuntarían hacia la concreción de algunos de los aspectos que acabo de mencionar, como la nueva concepción del tiempo que poseían los mercaderes catalanes del siglo XV, o las expresiones de ideología burguesa y de ambiente antinobiliario presentes en la documentación municipal valenciana del siglo XIV<sup>111</sup>. No obstante, habría que ser prudentes a la hora de considerar que estos y otros indicios permiten aceptar automáticamente algunos de los cinco elementos reseñados como factores que delimitarían a nivel global la trascendencia del papel cultural de los mercaderes autóctonos. Aparte de los numerosos comentarios que he ido introduciendo en el texto en el sentido de diferenciar la realidad de los comerciantes hispánicos de la de sus homólogos italianos y, también, aparte de los matices que cabe hacer a dichos elementos (sobre todo a los dos últimos) por sí mismos<sup>112</sup>, por lo menos otra cuestión más invita a la precaución.

Y es que, cuando se ha estudiado a fondo la problemática en los territorios ibéricos (por ejemplo, de nuevo en la Cataluña del Cuatrocientos), se ha subrayado más comparativamente hablando el *aurea mediocritas* que rodeaba a los negociadores locales o el fracaso de las opciones capitalistas de estos operadores en cuanto a lo que implicaban esas opciones de actitud mental y de práctica

---

<sup>107</sup> Sobre estos cinco elementos, y aparte de otras referencias concretas que daré en las notas inmediatamente posteriores a ésta, véase en general AIRALDI, “L’eco della scoperta dell’America ...”, cit., pp. 230-231; DAY, “Mercanti e banchieri ...”, cit., pp. 207-224; GUREVIC, “El mercader”, cit., pp. 277-294; LE GOFF, *Marchands et banquiers ...*, cit., pp. 99-124; y TENENTI, “El comerciante ...”, cit., pp. 197-228, sobre todo pp. 202-203 y 225.

<sup>108</sup> J. LE GOFF, “Tiempo de la Iglesia y tiempo del mercader en la Edad Media”, en ID., *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*, Madrid, 1983, pp. 45-62; TENENTI, “Les affaires ...”, cit., pp. 304-306.

<sup>109</sup> M. DEL TREPPO, “Il re e il banchiere. Strumenti e processi di razionalizzazione dello stato aragonese di Napoli”, en *Spazio, società, potere nell’Italia dei Comuni*, a cura di G. ROSSETTI, Nápoles, 1986, pp. 240 y 285-287.

<sup>110</sup> J. PÉREZ, “Renacimiento y mentalidad burguesa”, en *‘La burguesía española en la Edad Moderna’. Actas del Congreso Internacional*, coord. por L.M. ENCISO RECIO, vol. I, Madrid, 1996, pp. 59-67; A. TENENTI, “Famille bourgeoise et idéologie au Bas Moyen Âge”, en *‘Famille et parenté dans l’Occident médiéval’. Actes du Colloque de Paris*, Roma, 1977, pp. 431-440; M. MULLETT, *La cultura popular en la Baja Edad Media*, Barcelona, 1990, p. 69.

<sup>111</sup> Sobre la percepción del tiempo entre los mercaderes catalanes, véase AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 92-98, e ID. – PUIGARNAU, *La cultura del mercader ...*, cit., pp. 221-226. Mientras, la ideología burguesa dibujada en las fuentes valencianas consta en A. RUBIO VELA, “Ideología burguesa i progrés material a la València del Trescents”, *L’Espill*, 9 (1981), pp. 11-38.

<sup>112</sup> En los elementos que justifican la racionalidad capitalista de los mercaderes bajomedievales europeos y el protagonismo de éstos en la aparición de la burguesía, los citados matices podrían venir del lado de la insuficiente reflexión que se observa a veces en ambas hipótesis o de la crítica al intento de magnificar la importancia de unos comportamientos que, como máximo (y como en otras muchas oportunidades), serían típicos de una elite de los negocios continentales. En esa línea creo que van las opiniones que insisten, por ejemplo, en que el dinero y las mercancías no fueron en la Edad Media medios universales de contacto social que dominaban a los individuos (G. DUBY, “Presentación”, en GURIEVICH, *Las categorías ...*, cit., pp. 8-9); en que hay que distinguir bien los conceptos de *capitalismo* y *racionalidad* y su posible nexo con la noción de *modernidad* (IRADIEL MURUGARREN, “La idea de Europa ...”, cit., pp. 126-130; CUADRADA, *La Mediterrània ...*, cit., pp. 79-80); y en que, respecto a la propia idea de *burguesía*, se aprecia en ocasiones en la historiografía tal multiplicidad de criterios, etiquetas y definiciones que podría afirmarse que existen tantos burgueses cuantos queramos que existan, lo que dificulta la comprensión del fenómeno (A. MARCOS MARTÍN, “Historia y desarrollo: el mito historiográfico de la burguesía. Un apunte sobre la transición al capitalismo”, en *‘La burguesía española ...*, cit., pp. 17-18).

económica<sup>113</sup>. En relación con esto último conviene remarcar que, en la trayectoria de los mercaderes catalanes de la misma centuria, se evidencia entre los sujetos de cierta categoría la aspiración a entrar en un proceso de aristocratización o ennoblecimiento que les hiciera lograr un sitio dentro del grupo de hombres prominentes de la sociedad. Por ese proceso, dichos mercaderes llegaron a desviar una parte de su capital comercial hacia otras inversiones no comerciales (compra de tierras y de títulos de renta, especulación financiera, etc.), y esto se hizo entonces no tanto de modo complementario a la actividad mercantil, como había ocurrido en otros momentos, sino como una alternativa al abandono justamente de esa misma actividad. Así, la función emprendedora de los mercaderes afectados por tales dinámicas empezó a desdibujarse en beneficio de su imagen como rentistas<sup>114</sup>.

Más allá del caso catalán, es importante señalar que procesos o aspiraciones similares de promoción social –con sus oportunas particularidades– se han detectado también en Valencia durante el XV<sup>115</sup> y en Burgos a finales del Cuatrocientos y a lo largo del siglo XVI. Aquí, Hilario Casado ha documentado que las actuaciones de distintos linajes de comerciantes castellanos se enmarcaban en el constante deseo de ascenso social, en el intento de acceder al poder político y en la imitación de los usos caballerescos y nobiliarios. Llegar a ser noble era el máximo ideal entre estos mercaderes y el símbolo de lo que se podía conseguir con el éxito en los negocios. Pero frente a la cronología que se ha argumentado para Cataluña, el cambio hacia el rentismo de los agentes burgaleses (al menos de su franja superior) sólo se daría a partir del último tercio del Quinientos y como resultado de la ruina del gran comercio de la ciudad. Hasta esos instantes, la ambición por adoptar modos de vida nobles y las consiguientes inversiones en tierras y rentas fueron compatibles con el ejercicio de tratos mercantiles o financieros, en una simultaneidad de actividades que respondía sólo a la conveniencia de diversificar riesgos. En conclusión, y siguiendo con las opiniones del profesor Casado, la orientación de determinadas familias de operadores burgaleses hacia vías socioeconómicas nobiliarias no debe interpretarse como una *traición de la burguesía*. Y ello, no sólo porque la citada orientación no supuso el abandono del comercio sino, además, porque la mentalidad de dichos mercaderes nunca fue burguesa en el sentido contemporáneo de la palabra<sup>116</sup>.

Sin duda, los contrastes y las sugerencias que apuntan las ideas que he reproducido en los últimos párrafos demuestran hasta qué punto el debate sobre muchos de los temas abordados en este trabajo sigue abierto. Pero también ayudan a situar en su justo término los fenómenos culturales hoy conocidos sobre el mundo mercantil hispánico y, de paso, corroboran una vez más la dificultad de extrapolar de manera mecánica entre los distintos espacios europeos los modelos de

---

<sup>113</sup> AURELL, “L’esperit capitalista ...”, cit., pp. 165-185, sobre todo pp. 175-176 y 183-185; ID. – PUIGARNAU, *La cultura del mercader ...*, cit., pp. 157-162 y 167-169; ID. – RUBIÉS, “Els mercaders catalans ...”, cit., pp. 223 y 251-253. Estos autores fundamentan la mediocridad cultural de los mercaderes catalanes, entre otras cuestiones, en el conservadurismo religioso que ya mencioné, en su bajo nivel de lecturas frente a lo que demostraban otros colegas mediterráneos, y en la discreta recepción del humanismo que se produjo en las tierras de la Corona de Aragón. Y los problemas del capitalismo los argumentan sobre todo tras analizar el fracaso del desarrollo del espíritu emprendedor entre los mismos agentes autóctonos, como destacaré enseguida.

<sup>114</sup> AURELL, *Els mercaders catalans ...*, cit., pp. 328-390; ID., “Culture marchande et culture nobiliaire à Barcelona au XV<sup>e</sup> siècle”, **Revue Historique**, CCCII/1, n<sup>o</sup> 613 (2000), pp. 33-53; ID. – PUIGARNAU, *La cultura del mercader ...*, cit., pp. 63-72, 90-91, 98, 102-103, 162-168 y 202; ID. – RUBIÉS, “Els mercaders catalans ...”, cit., pp. 228, 230 y 233-241.

<sup>115</sup> CRUSELLES GÓMEZ, *Los mercaderes de Valencia ...*, cit., pp. 292-366; J. GUIRAL, “La société valencienne aux XV<sup>e</sup> et XVI<sup>e</sup> siècles”, en *Congrés Internacional ‘Lluís de Santàngel ...*, cit., pp. 175-182.

<sup>116</sup> CASADO ALONSO, *El triunfo de Mercurio ...*, cit., pp. 147-152; ID., “El comercio internacional burgalés en los siglos XV y XVI”, en *Actas del V Centenario del Consulado de Burgos (1494-1994)*, vol. I, Burgos, 1994, pp. 220-222; ID., “Oligarquía urbana, comercio internacional y poder real: Burgos a fines de la Edad Media”, en *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, coord. por A. RUCQUOI, Valladolid, 1988, pp. 325-347. En Castilla, dinámicas de promoción social de mercaderes se conocen también para la Segovia del siglo XVI (R. RÓDENAS VILAR, *Vida cotidiana y negocio en la Segovia del Siglo de Oro. El mercader Juan de Cuéllar*, Salamanca, 1990, pp. 127-202) y para el Madrid de los Reyes Católicos (T. PUÑAL FERNÁNDEZ, “La sociedad burguesa madrileña en la España de los Reyes Católicos”, en *La burguesía española ...*, cit., pp. 1527-1534). Las críticas a la idea braudeliana de la *traición de la burguesía*, aparte del ejemplo burgalés, son ya más generales: véase al respecto P. IRADIEL MURUGARREN, “El comercio en el Mediterráneo entre 1490 y 1530”, en *Congreso Internacional ‘De la unión de coronas al Imperio de Carlos V’*, coord. por E. BELENGUER CEBRIÁ, vol. I, Madrid, 2001, pp. 113-114.

**comportamiento en este ámbito.**